



SS

SERVICIO
SECRETO

KEITH LUGER

**¡NO QUIERO
MORIR AHORA!**

Yo creo que todo en esta vida es cuestión de la casualidad. Tome mi ejemplo, hermano. Nunca he sido conferenciante. Jamás he pretendido serlo. Sólo soy un trotamundos, eso que se llama un soldado de fortuna, con una vida un poco agitada, porque he recorrido toda América y una gran parte de Europa y de Asia.

La cosa empezó a ocurrir en Nueva York. Fue en el bar de Sammy, donde recalamos todos los desarraigados. Me encontré allí con Bill Jordan, un antiguo amigo, tan vagabundo como yo.

—Tienes que salvarme de un compromiso —dijo Bill.

—No puedo darte un solo dólar —le contesté—. Estoy también en mala situación.

—No se trata de eso —repuso y luego agregó—: Necesito un conferenciante.



Keith Luger

¡No quiero morir ahora!

Bolsilibros - Servicio Secreto - 585

ePub r1.0

Lds 09.09.17

Título original: *¡No quiero morir ahora!*

Keith Luger, 1961

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





Keith Luger

¡No quiero morir ahora!

1ª. EDICIÓN

OCTUBRE - 1961

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

**¡No quiero
MORIR ahora!**

**por
KEITH LUGER**



CAPÍTULO PRIMERO

Yo creo que todo en esta vida es cuestión de la casualidad. Tome mi ejemplo, hermano. Nunca he sido conferenciante. Jamás he pretendido serlo. Sólo soy un trotamundos, eso que se llama un soldado de fortuna, con una vida un poco agitada, porque he recorrido toda América y una gran parte de Europa y de Asia.

La cosa empezó a ocurrir en Nueva York. Fue en el bar de Sammy, donde recalamos todos los desarraigados. Me encontré allí con Bill Jordan, un antiguo amigo, tan vagabundo como yo.

—Tienes que salvarme de un compromiso —dijo Bill.

—No puedo darte un solo dólar —le contesté—. Estoy también en mala situación.

—No se trata de eso —repuso y luego agregó—: Necesito un conferenciante.

Creí que le había dado al *whisky* más de la cuenta, de modo que le dije:

—Anda, Bill, y tírate al río.

Me aparté de él y me fui a una mesa pero, al cabo de unos minutos, lo tenía otra vez conmigo.

—Oye —me dijo observándome atentamente—. Tú das la medida. Eres alto, fuerte, y pareces varonil.

Le tiré el puño para demostrarle que no sólo lo parecía, pero logró burlar el golpe dejándose caer en el suelo.

—Serenidad, muchacho —dijo cuando se levantó—. No quería insultarte —luego metió la mano en el bolsillo y me enseñó un fajo de billetes. Era la mejor lechuga que había visto yo en los últimos meses.

Bill es un buen sicólogo.

—Abrevia, granuja —le dije cariñosamente.

—Verás, Kenny. Hace un par de años caí por el negocio de mi tío Nick. Se dedicaba a un buen asunto. Proporcionaba conferencias a las ligas, asociaciones y demás entidades que pierden el tiempo con esas cosas. Yo estaba convaleciente de una bronconeumonía y sin blanca. Tío Nick me dio una oportunidad diciéndome que yo debía saber un montón de cosas. Di unas cuantas conferencias a cincuenta dólares por cada una de ellas.

Eso había dicho. Cincuenta dólares. Era interesante.

Bill notó el brillo de mis ojos.

—Bueno, ¿para qué contarte más, Kenny? Tío Nick murió el verano pasado y yo me he quedado con el negocio. Lo cierto es que hay un contrato con cierta Liga Femenina de Cultura que tiene clubs en veinte ciudades del Medio este. Me pidieron un conferenciante en la que les hablase sobre la situación de la mujer en los tiempos que corremos. Contraté a un profesor de un colegio y el muy canalla me ha dejado en la estacada. Sólo se le ha ocurrido casarse. Le dije que podía hacer su viaje de bodas mientras daba conferencias, pero él no quiso oír hablar de ello. Según supe después, había acertado una buena combinación en Jamaica.

Hizo una pausa para beberse el *whisky* de mi vaso.

—Ahí lo tienes, muchacho. Es tu gran oportunidad. Lo importante es que el individuo tenga fachada, y tú la tienes, vive Dios. Mides uno ochenta, eres moreno y tus rasgos faciales son duros. Es el tipo que hoy se lleva.

—Tengo la nariz un poco torcida.

—Eso las volverá locas.

—¿Cuántos días, Bill? —pregunté.

—He calculado que veinticuatro serán suficientes. Naturalmente, tendrás que pasarte la mayor parte del tiempo viajando. ¿Tienes coche? —Le bastó mirar mi aspecto para saber que yo no tenía coche y que necesitaba otras cosas, como camisa y un traje nuevo.

—Bueno, muchacho, no hay que preocuparse —dijo—. Te adelantaré un poco de dinero y podrás comprar un coche a plazos y todo lo demás.

Sacó un papel del bolsillo. Dijo que era el contrato. Le eché una ojeada y encontré un fallo.

—Aquí dice treinta dólares por conferencia.

—Es lo que iba a cobrar el bastardo que se casó.

—Tú cobraste cincuenta.

—Pero se trataba de mi tío Nick.

—Y yo soy tu amigo Kenny Dexter.

Forcejamos un poco y logré que llegase a los cuarenta.

Sí, hermano, así fue como me metí hasta el cuello en lo de las conferencias.

Pronuncié la primera en Centerville, Illinois, la cosa no fue demasiado bien porque yo no estaba acostumbrado a hablar en público. Me interrumpí unas cuantas veces, y, en otro par de ocasiones, empecé a hablarles de algo que no tenía nada que ver con el tema. Pero les caí simpático y eso era lo importante.

Más tarde hablé en Lakesville, en Jackson y en otras ciudades, y, para cuando llegué a Rapid City, me sabía de memoria la conferencia y también sabía que el hijo de perra de Bill había acertado en eso de lo bien que les iba a parecer a todas mi nariz.

Bueno, hermanó. Entremos en el asunto.

En la sala había cien mujeres y un hombre. Ellas eran socios de la Liga Femenina de Cultura en aquella ciudad Rapid City, Ohio. El hombre era yo.

Una mujer puede resultar una complicación. Cien juntas no significan gran cosa. En nuestro caso, constituían un auditorio, porque yo estaba allí para soltarles una conferencia. Su título era: «La femineidad en la era atómica».

La presidente estaba a mi lado y era una señora gorda que no hacía más que mover la cabeza en sentido afirmativo cada vez que yo decía una tontería. Había pensado en mí. Antes de la conferencia inició sus escarceos tocándome la mano y arrimándose más de lo conveniente. Me había invitado a ir a su casa después de la conferencia porque quería conocer mi opinión sobre otras muchas cosas y anticipó que, para que estuviésemos más tranquilos, había despedido a la servidumbre. En cuanto a su marido, estaba haciendo un viaje de negocios por California y no lo esperaba hasta una semana después. Eso lo había dicho con una sonrisa.

Yo, mientras recitaba mi cantilena, pensaba en sus rollos de grasa.

Juré que me libraría de ella aunque fuese lo último que hiciese en mi vida.

De vez en cuando, dirigía la mirada al reloj que había en la

pared. Me había aprendido tan bien el discurso que en los cuatro últimos lugares lo coloqué en una hora y diez minutos, segundo más segundo menos.

Había empezado a las siete y eran ya las ocho menos diez. Me restaban sólo veinte minutos de suplicio.

El local resultó insuficiente para albergar a tanta mujer suelta y había un grupo, veinte o treinta, que se habían quedado de pie al final, cerca de la puerta.

De pronto vi que se abría ésta silenciosamente y entraba alguien. Naturalmente, era otra mujer pero sólo pude ver su cabello rojo. Quedó allí detrás y cerró la puerta tan silenciosamente que nadie se dio cuenta de su aparición, o quizá fuese que mis oyentes estaban muy interesadas en lo que yo les estaba diciendo.

Transcurrieron cinco minutos. La cabellera roja empezó a moverse. Iba hacia la otra pared.

Al cruzar por frente al pasillo, sobre cuyo fondo no había nadie, vi a la propietaria de las llamas de fuego. Era esbelta y parecía estar en posesión del cuerpo mejor formado de cuantos pudiera haber en Rapid City, Ohio. Vi un rostro sensitivo, pero no me pude dar cuenta exacta de cómo era, porque desapareció enseguida tras las espectadoras de aquel lado.

Luego se detuvo junto a la pared, cerca de una puerta.

Las agujas del reloj avanzaron un poco más y se colocaron en las ocho menos tres minutos.

De pronto sonó un estampido en la calle y algunas damas se sobresaltaron y otras se volvieron hacia la entrada y después empezaron a mirarse unas a otras.

Yo también me había interrumpido.

—Un escape —dijo la gorda que lo sabía todo.

Le dirigí una sonrisa y continué mi discurso, aunque yo sabía que no era un escape. He manejado muchas veces la pistola. Es cosa normal en un soldado de fortuna.

Y aquel estampido había sido hecho con un arma. Dos minutos más tarde se oyó un silbato, al que siguieron gritos y ruido de carreras.

Entonces me di cuenta de que la cabellera roja había desaparecido. Estaba seguro de que no había vuelto a cruzar hacia la puerta principal, de modo que pensé había utilizado aquella

junto a la que se ubicó.

Empecé a hablar muy aprisa. Algunas señoras se levantaron y la presidente se puso a mover las manos para que se sentasen.

En la calle seguía sonando el silbato.

Batí el récord. Acabé cuatro minutos antes de la hora señalada. Pero creo que cuando llegué al final nadie me escuchaba.

En eso se abrió la puerta y entró un policía.

Las mujeres, al ver el uniforme, se pusieron a dar voces.

El agente levantó los brazos.

—Por favor, señoras... Un poco de serenidad... No ocurre nada... Nada.

Pero sólo logró con sus palabras que la confusión fuese en aumento.

—¡Por favor...! —repitió con toda la fuerza de sus pulmones—. Estamos buscando a una mujer... Se trata de una pelirroja. Un peatón asegura haberla visto entrar en este local... Por favor, señoras...

Algunos socios de la Liga se habían movido hacia la puerta pero allí apareció otro agente.

—¡Calma, señoras, calma...! ¡No pueden salir...!

Ahora me di cuenta de que allí había una veintena de pelirrojas pero, naturalmente, ninguna de aquellas cabelleras se podía comparar con la de la mujer que había llamado mi atención.

El primer policía se adelantó hacia la mesa presidencial.

—¡Esto es un atropello! —exclamó la gorda levantándose.

—Disculpe, señora Davis —dijo el agente haciendo un rápido saludo—. Buscamos...

—¡Ya lo he oído! ¡A una pelirroja! ¿Qué es lo que cree, agente? ¿Acaso que entre los socios de esta Liga hay una ladrona? ¿O es quizá una asesina?

El poli se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—Se trata de la cómplice de un asalto, señora Davis.

—¿Un asalto...? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—No ocurrió aquí, señora Davis, sino en Carson City, esta mañana... Un policía resultó herido.

—¿De qué está hablando, agente? No le entiendo una palabra.

El poli dio un suspiro mientras cerraba y abría los ojos.

—Una pandilla de salteadores se dejó caer por el Banco

Nacional. Se llevaron una buena bolsa. Cincuenta mil dólares. Según parece, los tipos lo habían organizado bien y una mujer de cabello rojizo se hizo cargo del botín. Alguien vio cómo se hacía el transbordo del dinero y luego la pelirroja se vino hacia acá. Al parecer, le perdieron la pista, pero ha sido vista otra vez por nuestras calles y le garantizo que, según el informe de un testigo, se introdujo aquí.

La señora Davis cruzó los brazos.

—¿Qué es lo que quiere, agente? Dígallo claro.

El policía echó una mirada sobre su hombro, hacia los chillones socios de la Liga Femenina de Rapid City.

—Por favor, ¿querrá identificar a las pelirrojas, señora Davis?

—¡Es lo más absurdo que he oído en toda mi vida!

—Le estoy pidiendo su colaboración, señora Davis.

—¿Cuál es su nombre, agente?

—Lawson, Tedd Lawson.

—Muy bien, señor Lawson. Hablaré con el alcalde, con el Comisionado...

Lawson estaba a punto de estallar.

—Muy bien, señora Davis. Usted hablará con todos los personajes de la ciudad, pero ahora identifique a las pelirrojas.

Mientras ellos empezaban su trabajo, me deslicé hacia la sala, junto a la pared. Encendí un cigarrillo. La señora Davis ya había comprendido cuál era la situación y rogaba a los socios pelirrojos que se agrupasen para proceder a la identificación ante el agente Lawson. Morenas y rubias se aglomeraban en la otra puerta y el agente que estaba allí tenía que hacer frente a un motín.

Apoyé el brazo en el tirador de la puerta que había a la derecha y lo impulsé hacia abajo. Me colé dentro.

Aquello era el lavabo de señoras. Había un espacio grande con tres espejos dedicados a tocador y a la izquierda había dos puertas que debían corresponder a otros tantos servicios.

No; la pelirroja no estaba a la vista.

Recorrí la estancia observándolo todo minuciosamente. Finalmente, me decidí a abrir las puertas.

Tampoco allí encontré a nadie, pero noté algo significativo, una ventana había sido abierta.

Salté al alféizar y miré fuera. El hueco daba a un callejón.

Entonces, supe el camino que había seguido la pelirroja que la policía buscaba con tanto interés.

Limpié con el pañuelo las huellas que hubiese dejado en el alféizar. No quería complicaciones.

Volví a la sala. No; nadie se había dado cuenta de mi ausencia. Los dos agentes estaban demasiado interesados en su trabajo.

La señora Davis ya estaba terminando de presentar a sus pelirrojas. El agente se excusó y la señora Davis aceptó sus disculpas con la barbilla levantada.

Finalmente, Lawson dio una vuelta por el lugar que yo había visitado y, dándose por conforme, desapareció con su compañero.

La señora Davis se desembarazó de sus compañeras del comité ejecutivo y se vino hacia mí.

—Qué maravillosa conferencia, profesor Dexter.

Sí, hermano. Yo era ese personaje. Profesor Dexter.

—Celebro que le haya gustado, señora Davis.

Puso su mano sobre la mía y me dio un apretón. Aprovechando que no había nadie a su alrededor, murmuró:

—Acuérdese, amigo mío... No lo eche al olvido... Dentro de una hora en mi casa... Quiero que me cuente cosas.

Aquello era bastante motivo para que yo me largase de Rapid City como un diablo.

Es lo que hice en cuanto acabé de recibir felicitaciones.

Todavía no eran las ocho y media cuando corría con mi «Chevy» en dirección a Saint Joseph, la otra ciudad del mismo Estado en que al día siguiente debería pronunciar mi conferencia.

Eran ciento cincuenta millas de viaje y no estaba dispuesto a hacerlas de un tirón. Sobre las nueve y media, completamente de noche, encontré un campamento de automovilistas.

El que atendía el negocio era un tipo rollizo, con cara abotargada que respondía al nombre de Dick York.

Me correspondió la cabaña número tres.

Decidí meter mi equipaje en la cabaña y luego ir al restaurante que había a un lado.

Abrí el portaequipajes para sacar mi maleta y entonces quedé inmóvil como una estatua.

Yo sólo había salido de Nueva York con una valija y ahora tenía dos. Si señor. Allí estaban. La mía era de color marrón, y la otra, la

nueva, de un color negro.

Me decidí rápidamente. Tomé las dos maletas y entré en la cabaña. Puse las dos sobre la cama.

Abrí la negra y observé unas prendas femeninas, prendas íntimas. Las aparté y apareció el botín. Cincuenta mil dólares, en fajos bien dispuestos.

—¿Le gusta? —dijo una voz a mis espaldas.

Me volví rápidamente.

Era la pelirroja, y tenía una pistola en la mano.

La pistola me apuntaba a mí.

CAPÍTULO II

Aposté a que no había cumplido los veinte años, aun cuando su cuerpo había adquirido todas las redondeces apetecibles. Era hermosa y ahora, al tenerla frente a mí, me cercioré de su esbeltez. El rostro bello, de mejillas ligeramente hundidas, grandes ojos de un color castaño, senos altos, la cintura estrecha, las caderas anchas y las piernas un dechado de perfección, muy largas, Aquel vestido gris la ceñía mucho señalando todas sus formas y, como ella flexionaba ligeramente la pierna derecha, podía notar la morbidez de su muslo.

—Buenas noches —dije.

—Le pregunté Si le gusta —en su voz timbrada había un punto de ironía.

Señalé el botín.

—Estoy acostumbrado a ver mayores cantidades.

—¿Usted, profesor Dexter?

—¿Me conoce?

—Leí el cartel que había en la casa donde se reunió con aquellas fulanas.

Me apreté el puente de la nariz.

—No utiliza un lenguaje muy apropiado. Eran las damas de la mejor sociedad de Rapid City.

—Y usted lo pasaba en grande. El único gallo en mi corral con cien gallinas.

—No debe hablar así, señorita...

No me dijo su nombre.

—¿Qué hago con usted, profesor?

—No la comprendo.

—Me comprende bien. Los polis debieron informarle del asunto.

Pensé que era inútil negarlo.

—Sí, dijeron algo acerca de un asalto en Carson City.

—Muy malo para usted.

Señalé la pistola que esgrimía.

—¿Quiere decir que va a disparar?

—¿Por qué no?

—Sería un mal negocio para usted. Los disparos siempre se oyen.

—¿Y qué más da? De todas formas, sabrán que he llegado hasta aquí. Robé un coche para viajar. Lo tuve que hacer precipitadamente. Pensé que usted se quedaría durmiendo en la ciudad. Por ello le dejé la valija en el portaequipajes. Imaginé que la podría recuperar sin que usted se diese cuenta, pero montó en el coche y se puso en camino. Todo podría haber sucedido así y entonces usted no sabría a estas horas que yo existo.

Sí; ella había obrado con lógica y yo lo había complicado al querer escapar de las garras de la señora Davis.

Me froté el cogote y empecé a andar por la estancia.

—Quédese quieto —dijo ella.

La obedecí volviéndola a mirar.

—¿Qué teme de mí?

Sonrió otra vez pero lo hizo con sarcasmo.

—Por puro azar, usted es la única persona que puede dar una descripción completa de mí.

—La vieron unas cuantas personas.

—Pero nadie me tuvo delante para observarme tan atentamente como usted.

Seguía exprimiendo su condenada lógica y temí que, por ese camino, terminaría dándole la razón respecto a aquella idea suya de apartarme del mundo de los vivos.

—Oiga, nena. No soy de la poli.

—No, no lo es. Pero eso no hace cambiar las cosas.

—¿Por qué no?

—Ofrecerán una recompensa por la recuperación del botín. Es la costumbre, el diez por ciento. Apuesto a que usted no habrá ganado tan fácilmente cinco mil dólares en toda su vida.

—No, confieso que no.

—Ahí lo tiene.

—No se precipite, ricura. Aún no he terminado. Me falta decirle

que soy un hombre al que no le gustan los líos y me metería en uno grande si, cuando usted se marche, me pongo en contacto con la policía para hablarles de nuestro encuentro.

Transcurridos unos segundos:

—No me convence —dijo.

Meneé la cabeza.

—Tengo una idea, amiga mía.

—Vaya, también tiene ideas.

—Le puedo dejar mi coche. Naturalmente, será un préstamo.

—Claro que sí, y de esa forma usted se asegurará mi detención.

¿De qué clase de huevo salió, profesor?

Realmente no estaba muy acertado. Acababa de decir una tontería desde su punto de vista.

—No se canse, profesor. Es el destino.

—Me resisto a creer que vaya a disparar contra mí después del favor que le he hecho.

—¿Favor?

—La saqué del avispero.

—No trate de valorar algo en que usted no decidió. Fui yo quien coloqué la valija en el portaequipajes.

—Se me ocurre algo mejor.

—No lo diga. Cada vez que abre la boca es para estropearlo.

—La puedo llevar.

—¿A dónde?

—Adonde quiera, naturalmente.

—Tampoco me sirve.

—¿Por qué no? Soy un buen conductor.

—Me vendería.

—¿Quién se lo dice?

—La recompensa, recuérdelo.

—¿Es que sólo piensa en el dinero? Yo prefiero vivir a todos los miles de dólares que me puedan ofrecer.

—No, profesor. No es un trato que me conviene.

—De modo que está decidida a matarme así, fríamente. ¿Sabe que me decepciona? No tiene cara de asesina.

—Lo hago en defensa propia.

—No me diga —di dos pasos hacia ella.

—¡Párese! —me ordenó otra vez.

Se deslizó junto a la pared y al momento comprendí lo que pretendía. Quería alcanzar el almohadón del sillón para ahogar el estampido.

Salté sobre ella aferrándome a la idea de que no estaba decidida a apretar el gatillo.

Pero cuando iba por el aire me di cuenta de que podía haberme equivocado. Bajé la mano rápidamente golpeándole en la muñeca.

Soltó un gritito y luego nos derrumbamos.

La pistola resbaló por el piso.

La pelirroja me pegó un rodillazo y luego me tiró el puño a la cara pegándose en medio de la boca. Era una fiera.

—Estése quieta.

Pero ella continuó golpeándose con pies y puños.

Recibí un impacto en la sien que me envió hacia la pared, aturdido.

Vi como gateaba para recuperar la pistola.

Caí otra vez sobre mi enemiga y de nuevo rodamos.

Estaba cansado ya de aquella lucha y, cuando estuve encima de la joven, le puse las rodillas sobre los brazos y, cuando intentó levantar el vientre, dejé caer los cuartos traseros. Hizo una mueca de dolor y su cuerpo se relajó. No pudo respirar durante unos segundos y yo los aproveché para limpiarme la sangre del labio partido.

—¡Suélteme, bandido! —chilló mirándome con ojos chispeantes.

—Serénate, nena...

—Ya te daré yo...

Así era ella. La tenía a mi merced y todavía pensaba en recetarme algo, quizá una píldora de plomo.

La dejé libre y, al ponerme en pie, trató de cazarme el tobillo pero logré desembarazarme de su garra y alcancé la pistola.

Quedó tendida en el suelo.

Me senté en el sillón jugueteando con la pistola.

La joven se puso en pie tironeándose de la falda.

—¿Qué vas a hacer, profesor?

—Deja que sea yo quien haga las preguntas. Primero tu nombre.

—¡Vete al infierno!

—En la cabaña del encargado hay un teléfono. Si no empiezas a soltar carrete nos llegaremos allí.

—Kitty.

—¿Kitty, qué más?

—Kitty Farrell.

—¿Dónde están tus cómplices?

—No pienso decírtelo. Con teléfono o sin él. No soy una soplona.

—Eres una estúpida.

—Anda, insúltame. Hazlo ahora que puedes. Luego te ajustaré las cuentas...

—Heristeis a un poli.

—Fue culpa de él.

—Claro que fue culpa de él. Vosotros ibais a pegar un asalto y el poli se interpuso... ¿Pero es que no te das cuenta que ésa era su obligación?

—Quiso hacerse el héroe. Mis amigos estaban armados.

—No voy a discutir contigo, dulzura. Lo cierta es que el poli está muerto y eso significará una grave sentencia para todos cuantos intervinisteis en el asunto.

—Yo no estuve en el Banco.

—Bueno, quizá salgas mejor librada que ellos.

—¿Es que vas a denunciarme?

Me puse en pie. En los ojos de ella vi reflejado por primera vez el temor.

—No seas idiota, profesor.

—No soy idiota, pequeña.

—Anda, quédate con unos cuantos fajos y acabemos de una vez el asunto.

—Me gusta la plata pero esta vez no la tocaré.

—Que valiente eres.

—Anda, riéte todo lo que quieras.

—Oye, profesor. ¿Y si te dijese que soy una víctima de las circunstancias?

—¿Quieres que me eche a reír?

—Yo no quería hacer eso.

Eché a andar hacia la puerta pero ello corrió más que yo y se interpuso en mi camino apoyándose en la hoja.

—Escúchame, profesor...

—Ya te he oído bastante.

—He pasado hambre y frío... Nunca tuve una familia... Conocí a

un tipo que me prometió el mundo... ¿Qué culpa tuve yo de creerle? Luego resultó que era un salteador. Ésa es la historia.

—Muy resumida.

—Me imagino que no querrás que te de los detalles.

—No, no es necesario.

—Por favor, profesor...

Aposté a que estaba representando un papel. Aquella chica era un demonio. Bastaba echarle una ojeada a su cuerpo, a su bonita cara y aquellos labios rojos.

—Está bien, Kitty.

—Eres un ángel, profesor —dijo y sonrió.

Vino hacia mí, me dio un beso en la boca y luego se dirigió a la cama.

—¿Dónde vas? —pregunté.

—He de llevarme la valija.

—Pero ¿qué has pensado, pequeña? ¿Qué te voy a dejar marchar con el botín?

—¿No es lo que has dicho...?

—Has debido estar soñando.

—Oye...

—Cierra el pico y escucha. Voy a concederte cinco minutos. Vamos, echa a correr.

—¿Sin el botín?

—Naturalmente, sin el botín.

Apretó los menudos dientes. Eran preciosos, blancos y brillantes como perlas.

—Sé cuál es tu juego, profesor. Ahora lo sé.

—¿Qué dices?

—Te vas a largar con los cincuenta mil.

Hice un gesto de exasperación.

—Si vuelves a decir eso, vienes conmigo a la cabaña del encargado.

Hubo un silencio.

—Entonces ¿quieres que me marche sin ningún dinero?

—Eres una echadora de cartas. Conoces muy bien el porvenir. Vete ya.

—Me cazarán.

—Eres lista como el hambre, y correrás más que ellos.

—¿Has imaginado qué pensarán los míos?

—¿Los tuyos?

—El resto de la banda.

—Eso me importa un rábano.

—Si logro escapar, me exigirán cuentas.

—Les bastará leer los diarios para saber que no has hecho mal uso de los cincuenta mil dólares. El Banco habrá recuperado lo suyo. Les puedes colocar una bonita historia acerca de las heroicidades que tuviste que hacer antes de abandonar el dinero. Ellos se sentirán orgullosos de ti.

—No te burles, sinvergüenza.

—No me burlo, nena. Y ya creo que acabamos la conversación.

Titubeó unos instantes pero por último se dirigió hacia la puerta. Se detuvo con la mano en el tirador mirándome sobre el hombro.

—¿Es tu última palabra?

—He dicho que se acabó.

—¡Muérete! —dijo y salió por la puerta cerrando tras de sí.

Di un suspiro de alivio. Guardé la pistola en el bolsillo y me acerqué a la valija, la cual cerré.

Realmente, acababa de hacer un buen negocio. Kitty tenía razón. Habría una recompensa e iba a ser para mí. Pero no dejaría en la estacada a Bill Jordan. Después de todo, con una semana de conferencias, quedaría a la par con él.

Tomé la valija y eché a andar para salir de la cabaña.

La puerta se abrió antes de que llegase a ella y en la estancia entró un tipo rubio, de cejas blancas, que tenía la mano en el bolsillo.

No me gustó apenas lo vi.

Y detrás del rubio entró la pelirroja.

Corrí rápidamente la mano para atrapar de nuevo el arma que había arrebatado a Kitty, y entonces el rubio dijo:

—Anda, toca la pistola y te hago el relleno.

CAPÍTULO III

El rubio estaba por los veinticinco años de edad y era de talla media, muy ancho de hombros. Se cubría con un traje rayado, oscuro.

Los dos nos observamos atentamente.

—De modo que éste es el tipo, ¿eh, Kitty?

—Sí, aquí lo tienes, todo entero.

—No quedará igual cuando haya terminado con él.

—Eh, ¿qué es lo que le pasa a usted? —dije.

Rió y su risa fue como si cortasen un barrote con una lima.

—Kitty me lo ha contado todo.

—¿Todo?

—Iba a pegar el soplo a la poli.

—Nada de eso —le sonreí.

—Era una broma, ¿verdad? —dijo Kitty poniendo un brazo en jarras.

—Claro que sí, nena. Justamente me disponía a ir en tu busca.

—No cuela, profesor.

—Supongamos que sí, nena. Justamente me disponía a ir en tu busca.

—Supongamos que no era eso. Te di tiempo para escapar.

—Era lo que a ti te convenía.

—¿Por qué me iba a convenir?

—Ya te lo dije antes. Te ibas a quedar con los cincuenta mil.

—¿Me crees tan loco?

El rubio rió otra vez. Fue como si chirriasen dos goznes mal engrasados.

—El mundo está lleno de locos, profe. A todos nos gusta lo mismo. La plata.

Sopesé la valija que contenía el botín.

—Es esto lo que quieren, ¿eh?

Se la lancé y, naturalmente, yo fui detrás. Era un truco que había visto en las películas y dio resultado. Instintivamente el rubio atrapó la valija y fue una ocasión estupenda para que le atizase en el pómulo.

Su nuca golpeó contra la pared y empezó a derrumbarse.

Pero yo había puesto demasiado impulso en el salto y choqué contra él. Los dos caímos en el suelo.

Aquel canalla probó enseguida que era demasiado duro. Agachó la cabeza y me estrelló la frente en las narices.

Creí que me las partía.

Un chorro de sangre me brotó por los agujeros. Rabioso, le hundí el puño en el estómago.

El me volvió a atizar con la cabeza pero esta vez estaba preparado y burlé la acometida. Como réplica, le castigué el mentón con la izquierda.

Perdió el sentido.

—Bravo —dijo Kitty por detrás de mí.

Me volví rápidamente y la vi con la pistola. Me la había quitado del bolsillo mientras me ocupaba del rubio y ni siquiera había sentido su mano.

—Te podrías ganar la vida como ladrona sin necesidad de mezclarte con asesinos —dije.

Sonrió pegando con la puntera del pie en la valija de Jos cincuenta mil dólares.

—Esto es más productivo.

—Pero mucho más peligroso. Yo también sé leer el porvenir, dulzura. Después de ver a tu amigo, imagino cómo serán los otros miembros de la banda.

—Es buena gente.

—Hiciste mal en reunirte con ellos pero creo que ya no tiene remedio, ¿verdad, Kitty?

—Eres un filósofo, profesor. Pero no debiste golpear a Franky. Es un muchacho muy rencoroso.

—En tal caso, será mejor que me marche.

—No, no te vas.

—Oye, dulzura... Yo te iba a dejar que te largases. Sólo espero

de ti el mismo trato.

—No.

—¿Por qué no?

—Pudimos llegar a un acuerdo entre los dos, pero han cambiado las cosas.

Franky empezó a recuperar el sentido. Dije:

—Me voy a ir, Kitty, y espero que no me dispaes por la espalda.

—Lo haré si me obligas.

Yo tenía motivos para temer a Franky. Le había zurrado y su despertar no iba a resultar nada halagador para mí.

—Me largaré sin llamar por teléfono a nadie.

Kitty movió la cabeza en sentido negativo.

—Oye, profesor. Esto es un negocio de mucha envergadura. No podemos dejar ningún cabo suelto.

Ya era demasiado tarde para discutir con ella. Franky se puso en pie soltando maldiciones por lo bajo. Sus ojos recorrieron la habitación hasta enfocar mi imagen.

—Miren a quien tenemos aquí —rezongó—. Si es el profe.

—Decidí quedarme porque temí que te hubiese matado.

Mis palabras sólo sirvieron para enfurecerlo más. Metió la mano en el bolsillo como una centella y sacó la pistola.

—Eh, cuidado —dije—. Se puede disparar.

No tenía sentido del humor. Su cara se dobló en una mueca.

—Te voy a liquidar, bastardo.

Lo iba a hacer sin lugar a dudas.

—Espera, Franky —dijo Kitty.

—¿A qué tengo que esperar?

—No llegó a salir de la cabaña. Nadie sabe que estamos aquí.

—¿Y qué?

—No podemos matarlo. Si dejas su cadáver, será un rastro que la poli podrá seguir. Ellos me están buscando ahora en Rapid City. Dejemos que sigan trabajando allí y no los saquemos de su madriguera.

Franky sopesó aquello y por último dijo:

—Está bien. Esperaremos un poco.

En eso consistía todo. Demoraban mi ejecución.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Franky—. Te vienes con nosotros, profe.

—Lo siento pero no puedo acompañarles. He de pronunciar una conferencia en Saint Joseph.

—Tendrán que pasarse sin ti —rió Kitty—. Anda, toma tu valija y marchemos de una vez.

Kitty preguntó:

—¿Qué coche vamos a utilizar, Franky? ¿El tuyo o el de él?

Trazó su plan enseguida. El y yo viajaríamos en mi coche y Kitty vendría con el de Franky detrás de nosotros. Todo estaba claro. Cuando estuviésemos bien lejos del campamento automovilista, Franky me metería un balazo en la nuca, y probablemente, luego incendiarían el coche conmigo dentro o quizá me arrojarían por una barranquera. Finalmente, continuarían el viaje sin mi enojosa compañía.

Salimos a la noche. Las cabañas cercanas estaban a oscuras pero la del encargado, al final de la fila, tenía las ventanas iluminadas.

—No pienses en echar a correr —dijo Franky—. Te balearé antes de que hayas dado tres pasos.

A partir de ese momento, me comporté como un chico obediente.

Me obligó a sentarme ante el volante y poco después nos alejábamos de allí.

Vi por el espejo retrovisor el coche en que Kitty viajaba.

—Oye, Frank —dije—. ¿Por qué has de mancharte las manos de sangre?

Estaba apoyado en la portezuela del otro lado, bien lejos de mí para que yo no pudiera intentar nada. Su mano derecha seguía ocupada por la pistola.

—No sientas miedo, muchacho —repuso—. Será sólo un momento. Ni te darás cuenta de nada.

Pensé que era inútil hablar con él. Bastaba echarle una ojeada a la cara para comprender que era un tipo sádico y que aquello de liquidarme era algo que le iba a divertir mucho.

Por aquella carretera no transitaba un condenado coche a excepción del nuestro y del que pilotaba Kitty. Era un buen lugar para acabar con un hombre.

Bueno, lo mejor era pegar la hebra. Eso nos entretendría un rato más.

—¿Por qué viniste detrás de Kitty, Franky?

—Oímos por la radio que se había localizado a la pelirroja que se ocupó de trasladar el dinero. Entonces el jefe decidió que yo le echase una mano a la chica. Con anterioridad habíamos señalado ciertos lugares para que ella se pudiese reunir con nosotros en el caso de que las cosas marchasen mal y uno de ellos era Carson City. Sólo tuve que llegar allí para que Kitty y yo nos viésemos. Entonces ella me contó lo que había pasado en cierta sala donde un tipo estaba pronunciando una conferencia. Kitty escapó por una ventana y al caer en el callejón sólo se le ocurrió meter la valija en el portaequipajes de un coche que había allí detenido —rió como una chicharra—. Y resultó que el coche era el tuyo, el del conferenciante.

—La vida está llena de casualidades.

—Sí, es lo que digo yo. Por ejemplo, nunca liquidé a un profesor. Es la primera vez que lo voy a hacer.

—Si lo haces, el jefe no te lo perdonará.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Cuando se comete un robo como el vuestro, no se —ben dejar demasiados rastros.

—Es posible que las cosas fuesen de otra forma si el golpe hubiese salido bien.

—Todo salió bien. Tenéis cincuenta mil dólares.

—Un estúpido poli se interpuso en nuestro camino y tuvimos que derribarlo, pero antes de que él cayese hirió a Tubby.

—¿Tubby?

—Es un compañero. Maldita sea... A estas horas teníamos que estar en Florida y sólo nos encontramos a unas cuantas millas del lugar donde cometimos el asalto.

—Qué mala suerte.

Me miró con las cejas enarcadas para saber si bromeaba.

—Yo dejaría a Tubby pero el jefe no quiere hacer eso —explicó.

—¿Dónde fue herido?

—En la ingle.

—Un mal sitio.

—¿Y me lo dices? Nunca he oído a nadie gritar como a Tubby. Y lo peor es que no contábamos con eso... MacLenad hace lo que puede, pero él no es doctor.

Ya conocía a unos cuantos miembros de la banda. A Kitty, a

Franky, a Tubby, a MacLenad. Y también había un jefe.

Bueno, ¿y qué me importa a mí todo eso? Franky me iba a ultimar.

—Anda, saca el coche de la carretera —ordenó.

Pero yo seguí corriendo por la carretera.

—¿Quieres que lo haga aquí mismo? —dijo levantando la pistola.

Frené poco a poco mientras apartaba el coche de la pista.

Franky saltó rápidamente por la portezuela y me apuntó desde fuera.

—Baja por el mismo sitio que yo.

Descendí esperando una oportunidad para lanzarme sobre él, pero se las sabía todas y retrocedió.

—Bueno, chico. Hasta aquí llegamos juntos. Ahora tendrás que seguir el viaje solo.

Era un chiste muy malo porque se refería a mi vida.

Kitty se detuvo a unas cinco yardas. Esperé a que ella descendiese pero quedó detrás del volante, alumbrándonos con los faros.

—Apaga eso —le gritó Franky.

Kitty apagó los faros.

—Espera un momento, Franky —dije.

—¿A qué tengo que esperar?

—Soy doctor.

—¿Cómo?

—Doctor Kenny Dexter.

—Profesor —rectificó.

—No tengo más remedio que utilizar lo de profesor. La Asociación Médica me prohibió el ejercicio.

—¿Por qué?

—Me gusta demasiado el *whisky* y cierta vez operé a alguien mientras yo estaba borracho...

No era una historia muy original, pero machaqué.

—Por eso te pregunté antes acerca de la herida de Tubby. En ese momento me sentí el doctor que siempre he sido.

—Tubby no necesita ningún doctor. Estaba muy grave cuando me aparté de él esta mañana. Ya debe haber muerto.

—¿Y si está vivo? Yo podría ayudarlos.

—Te repito que está muerto.

—En tal caso, se me ocurre una solución. Me llevas allá, y si él se ha largado al otro mundo, sólo tenéis que hacer dos fosas en lugar de una.

Sopesó la propuesta sin decidirse a contestar.

En eso Kitty bajó del coche.

—¿Qué te pasa, Franky?

—Se ha ofrecido para ayudar a Tubby.

—¿Qué dices?

—Asegura que es doctor. Le retiraron la licencia por borracho.

Kitty avanzó sobre nosotros y me miró atentamente.

—¿Qué historia le has colocado?

—Le he dicho la verdad, pero en caso de duda lo comprobaréis fácilmente. Si Tubby está vivo, tendré que curarle.

—Creo que puede resultar interesante.

Franky soltó una risita.

—Yo, en tu lugar, no me arriesgaría —dijo Kitty—. Supón que es una trampa.

—¿Qué trampa puede organizar el profe? Lo tenemos en nuestras manos.

—Está bien, haz lo que quieras. Pero recuerda una cosa, Franky. Tú serás el responsable si algo sale mal.

Franky me miró fijamente a los ojos.

—Yo me encargaré de él.

—¿Seguiremos viajando igual? —inquirió Kitty.

—Sí, es lo mejor. No podemos dejar su cocha abandonado. La policía nos seguiría.

—¿Te das cuenta de una cosa, Franky? El profesor lo ha dicho. Tenía que dar una conferencia en Saint Joseph. ¿Qué pasará cuando no llegue allí? Está la mar de claro. Preguntarán por él.

—Bueno ¿y qué? Para ese entonces estará con nosotros.

—Al jefe no le gustará que tomes tantas decisiones por tu cuenta.

Intervine yo.

—Podemos arreglarlo de otra forma.

—¿De qué forma? —preguntó Kitty.

—Puedo telefonar a Saint Joseph cancelando la conferencia.

—No, profesor —sonrió Kitty—. Eso sería mucho peor. ¿Crees

que podemos tener confianza en ti?

—Bueno —dijo Franky—. Ya lo decidiremos cuando estemos allí. Ahora lo importante es que nos pongamos en camino. Ya perdimos demasiado tiempo.

—Haz lo que quieras —dijo Kitty—. Te he avisado.

Dio media vuelta y echó a andar hacia el coche.

Sonreí para mis adentros. Aquella muchacha no se había atrevido a pegarme un tiro en la cabaña pero estaba alentando a Franky a que lo hiciese. Era tan peligrosa como yo había supuesto.

—Anda, métete en el coche —dijo Franky.

Cada uno volvió a ocupar su puesto y reemprendimos la marcha.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—No te preocupes. Yo te iré señalando el camino.

Sacó un cigarrillo y encendió.

—¿Tienes mucha confianza en Kitty, Franky? —dije.

—Se comportó bien hasta ahora.

—Apuesto a que nunca hasta ahora tuvo en su poder cincuenta mil dólares.

Me miró haciendo una mueca.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Nada. Sólo eso, que ella tiene ahora cincuenta mil dólares.

Levantó la pistola y apuntándome, miró hacia atrás. Luego rió.

—Ella sigue detrás de nosotros. Sabe que no puede escapar. Kitty no es ninguna loca.

No estaba yo muy seguro de eso.

CAPÍTULO IV

El sol alzabase por el horizonte.

Corríamos por un camino vecinal lleno de polvo.

—Dobla a la derecha —dijo Franky.

—No vi ningún camino.

—¿Por dónde?

—Más allá del alce.

Se refería al único árbol que había en la carretera delante de nosotros.

Cuando estuvimos cerca, me di cuenta de que efectivamente había otro camino. Estaba cubierto por un matorral.

El coche gimió pegando botes por aquella senda llena de baches.

Franky se dio cuenta de que aquel momento sería bueno para arrojarme sobre él y se agarró a la manilla de la portezuela manteniendo en la otra mano la pistola.

—¿No hay otra forma de ir a donde sea? —pregunté.

—Sólo falta una milla —contestó.

—Los dos estábamos cansados. Imaginé que también lo estaría Kitty, quien seguía viniendo detrás con mi coche.

Subimos por una suave ladera y, al llegar a lo alto, vi correr por el fondo un riachuelo. Había un puente de madera que parecía demasiado viejo para soportar el peso de un hombre.

—¿He de llevar el coche a la otra parte?

—Desde luego.

—Bueno, quizá nos venga bien un remojón para despertar.

Pero no ocurrió nada. El coche pasó sobre el puente y los tablones se quejaron mucho, pero soportaron el peso. Luego doblé la curva que trazaba el camino y vi la granja tras la arboleda.

—¿Es este vuestro refugio? —pregunté.

—Sí, y deja ya de hacer preguntas.

La puerta de la casa se abrió y apareció un tipo en camiseta con un rifle en la mano. Pasaba de los cuarenta y era de cabello gris y piernas combadas.

Detuve el coche frente a la casa y Franky bajó rápidamente haciendo una señal para que yo también lo hiciese.

El hombre del rifle descendió del porche.

—Hola, Franky. ¿Todo salió bien?

—Sí, MacLenad.

—¿Quién es éste?

—Un tipo con el que Kitty, se encontró.

Kitty detuvo mi «Chevy» detrás del «Ford» de Franky y saltó dando un suspiro.

—Tengo todo el cuerpo molido.

MacLenad me observó atentamente y luego miró a sus dos cómplices.

—¿Qué clase de estúpidos sois? ¿Por qué no acabasteis con él?

Franky se mojó el labio inferior con la lengua.

—Es un doctor, MacLenad.

MacLenad me miró con el ceño fruncido.

—Muy bien. Si es un doctor, lo necesitamos.

—De modo que Tubby está vivo —dijo Franky.

—No nos ha dejado pegar un ojo en toda la noche —se pasó una mano por la cara—. Dios mío, qué gritos... Los tengo metidos en el tuétano... Ande, doctor, agarre de una vez su maletín y venga conmigo.

—No traje el instrumental.

Hizo una mueca.

—¿No dice que es doctor?

Franky le explicó entonces lo que yo le había dicho acerca de mi caída en desgracia con la Asociación Médica.

—Eso no me gusta nada —repuso MacLenad—, pero tendrá que arreglarse, doctor. ¿Cuál es su nombre?

—Dexter. Kenny Dexter.

—Está bien. Ahí dentro tenemos un buen botiquín. Espero que sea suficiente para demostrarnos su habilidad.

—No tan aprisa, MacLenad.

Los tres se miraron con circunspección pero fue MacLenad quien

preguntó.

—¿Qué le pasa?

—Prestaré mi ayuda a su compañero herido pero he de imponer ciertas condiciones.

Franky me metió el puño en la cara.

No esperaba aquello y el impacto me hizo caer en el polvo pero me levanté rápidamente con ánimo de darle respuesta.

Franky me apuntó con su pistola.

—Estate quieto, palomo. Llevo un día y medio sin dormir y no quiero pelear ahora.

Me limpié la sangre que me corría por la comisura de la boca y miré a MacLenad.

—Sólo quiero asegurarme de que ustedes no me mar taran. ¿No es lógico?

MacLenad dejó correr unos segundos.

—Sí, parece razonable.

Franky rió.

—Tendrás que conformarte con nuestra palabra. ¿Verdad, MacLenad? No lo mataremos.

MacLenad movió la cabeza.

—Desde luego que no.

Me dije que había sido una tontería por mi parte. Franky me había dado un golpe y ahora se reían de mí. No; ésa no había sido una buena táctica. O quizá fuese que yo estaba ganando tiempo para recobrar mi experiencia con heridas. Primero fue en Corea, donde mi compañía permaneció en cierta ocasión aislada aguantando las tarascadas del enemigo. Tommy, un muchacho, resultó herido en el muslo. Un sargento tuvo que hacer de doctor y yo de ayudante. Luego pasé por otra experiencia muy parecida en una selva de Costa Rica. Esta vez fue un indígena, una india que había sido acuchillada en el estómago y tuve que ser quien le hiciese la cura de urgencia.



Pero tenía la impresión de que una bala en la ingle debía ser algo muy importante.

¡Al diablo con todo! ¿No me había servido al menos para prolongar mi vida?

—¿Qué está esperando, Dexter? —dijo MacLenad—. Venga de una vez conmigo o acabará con mi paciencia.

Fui con él pero, al llegar al porche, MacLenad se detuvo.

—Eh, ¿quién de vosotros tiene el botín?

—Yo —respondió Kitty.

—Maldita sea, tráelo de una vez a la casa.

Kitty sacó la valija del coche y vino hacia nosotros.

Franky también se puso a andar.

Nos encontramos en una sala con muebles muy anticuados. A la

derecha, había una puerta que conducía a un corredor donde había tres más. MacLenad abrió la segunda puerta.

Postrado en un lecho había un hombre que estaba inmóvil. Podía tener treinta o treinta y cinco años de edad y su cara estaba pálida como la de un cadáver.

Sentada en un sillón que enfrentaba con una ventana, había una mujer. Sólo pude ver el cabello rubio, dorado. Parecía estar durmiendo.

MacLenad dio la vuelta al sillón y tocó a la durmiente.

—Nora —la llamó.

La mujer se levantó de un salto con una pistola en la mano. Allí todo el mundo estaba presto para utilizar las armas.

Pero aquél no era el momento para fijarse en el arma porque la mujer era lo importante. Una belleza sensacional, algo fuera de serie. Podía estar por los treinta años. Un fruto en sazón. Su cuerpo estaba maravillosa mente bien formado, y su cara, de nariz fina y ojos verdosos, era la que yo había soñado para una mujer apasionada.

—Hola, jefe —dijo Franky.

Yo no estaba preparado para aquello. De modo que una mujer era el jefe de todos aquellos bastardos.

Sus ojos verdosos no se apartaron de mí mientras MacLenad, Franky y Kitty le decían quién era yo, de qué forma me había encontrado y por qué me habían llevado hasta allí.

Cuando Nora hubo oído todas las razones, despegó al fin los labios.

—Va a curar a Tubby, doctor.

—Haré todo lo que pueda.

—He dicho que tiene que curarlo.

—La Medicina no es una ciencia exacta —dije.

—Para usted lo tiene que ser en este momento.

No dije nada porque me di cuenta de que aquella mujer mantendría su idea pese a todo. Yo era doctor y mi obligación era curar a Tubby, aunque estuviesen echando las tripas por la boca.

MacLenad dijo:

—Le fíemos dicho que respetaremos su vida.

—Yo lo diré de otra forma —murmuró Nora.

—¿Cómo? —pregunté.

—Es la mar de sencillo. Si salva a Tubby usted también se salvará doctor.

—No puede decir eso.

—Lo digo. Si Tubby muere; usted también morirá.

¡Malditos fuesen todos! ¿Con qué clase de pandilla de locos me había metido?

Pero yo no tenía opción.

—Está bien —acepté—. Traigan agua caliente y lo demás que haya en la casa.

Nora dio las órdenes.

—Kitty, Franky, encargados de que el doctor tenga a mano todo lo que necesite. Yo voy a dormir un rato —hizo una pausa señalando al herido que continuaba inmóvil—. Si Tubby muere, despertadme.

Asintieron y entonces Nora salió de la habitación llevándose la valija del botín.

Pregunté a MacLenad:

—¿Se quedó la bala dentro?

—No. Sólo le hizo unos destrozos y le salió por el otro lado. El policía se subió en el mostrador del Banco y disparó de arriba abajo. Ésa fue una suerte para Tubby.

Miré a Tubby y me pregunté, si con una herida como aquella, realmente podría hablarse de suerte.

Le tomé el pulso. Era muy débil.

—¿Qué es lo que le ha hecho usted, MacLenad?

Me dijo lo que le había hecho. Quizá lo había empeorado.

Le quité el vendaje y vi que la herida era una ruina. MacLenad sólo había hecho una cosa certera aplicándole antibióticos, pero la última inyección se la había puesto hacía más de seis horas.

Durante la media hora siguiente hice todo lo que estuvo en mi mano para salvar la vida de aquel salteador. Estaba seguro de que Nora cumpliría su palabra. Si Tubby moría, yo seguiría su suerte.

Cuando hube acabado, Tubby continuaba viviendo aunque su pulso fuese tan débil como antes.

Me dejé caer en el sillón que había ocupado Nora. MacLenad preguntó a mi espalda:

—¿Cree que vivirá, doctor?

—No lo sé.

Franky sacó la pistola.

—Casi me gustaría que no viviese.

MacLenad exclamó:

—No debes decir eso, Franky. Podía haberte pasado a ti.

—No lo decía por Tubby, sino por Dexter.

Solté una risa.

—Me imagino que si él muere, tocarás a más, ¿eh, Franky?

El rubio se vino hacia mí con ánimo de golpearme pero MacLenad alargó el brazo para detenerlo.

—Déjalo, muchacho.

—No estoy dispuesto a soportarlo. ¿Quién se ha creído que es?

Kitty se despezó bostezando.

—Bueno, yo me voy a dormir.

Salió de la habitación:

Por un momento, en la estancia reinó un gran silencio y empecé a amodorrarme.

De pronto me despertó un grito. Era Tubby. MacLenad ya había corrido a su lado.

—¿Qué te pasa, Tubby? —preguntó.

—Me muero, MacLenad... Agua... quiero agua.

—No puedes beber —dijo MacLenad.

—Dele agua —dije—. Luego le sondearé.

MacLenad se fue por el agua.

Tubby me miró.

—¿Quién es usted?

Fue Franky quien le respondió.

—Es un doctor, Tubby. Te lo traje yo. Eso te demostrará lo que te aprecio.

Tubby miró a Franky.

—Debes estar contento, ¿eh, hijo de perra? Me acertaron bien.

—Son cosas del oficio.

MacLenad vino con el agua y Tubby bebió ansiosamente.

Le limpié la boca con la toalla y de pronto el enfermo dio otro grito.

—¡Mis tripas...! ¡Santo cielo...!

Se estremeció espasmódicamente y lo sujeté por los hombros porque con aquéllos iba a provocar un nuevo derrame.

Tubby lanzó un aullido escalofriante.

La puerta se abrió y entró Nora.

—¿Qué pasa aquí?

—Es el doctor —repuso Franky—. Está matando a Tubby.

Volví la cabeza bruscamente.

—No le haga caso, Nora. Hago lo que puedo por salvarlo.

Ella me miró con ojos chispeantes.

—No parece que adelanta mucho, ¿eh, doctor?

Tubby lanzó otro grito y se desmayó.

Franky me apuntó con la pistola.

—Ahora te llegó el turno.

—No está muerto todavía, Franky —le advertí.

El rubio miró a MacLenad y éste puso la mano sobre el corazón de Tubby. Entonces meneó la cabeza.

—Todavía vive.

—Necesito suero —dijo.

Franky se echó a reír.

—¿Lo oís? —Se cree que está en un hospital. Pide suero.

—Es fácil de conseguir —repuse mirando a Nora—. Ustedes tienen lo importante. Dinero. Cualquiera de ustedes puede ir a la ciudad más cercana y adquirirlo en una clínica.

Nora hizo un gesto afirmativo.

—Está bien. Franky, ya lo has oído.

—Estoy destrozado. No he pegado un ojo en toda la noche.

—Tampoco dormimos nosotros —repuso Nora—. Y tú eres un muchacho muy fuerte. Anda y vete por ese suero, pero no tardes en volver.

—La ciudad más cercana es Movile. Hay tres horas entre la ida y la vuelta.

—Cuanto más pronto te pongas en camino, menos tardarás en regresar.

Franky me dedicó una mirada de odio y salió de la estancia soltando maldiciones. Naturalmente, todas ellas iban dirigidas a mí.

Nora se pasó una mano por la frente.

—¿Kitty? —preguntó.

—Se fue a dormir —contestó MacLenad.

—Ten cuidado con ella. Ya sabes que no le tengo ninguna confianza.

—Eres injusta, Nora —dijo MacLenad.

—¿Qué sabes tú? Te digo que hay que vigilarla. Siempre he tenido la impresión de que es una muchacha demasiado ambiciosa.

—Está bien. No te preocupes, Nora. La vigilaré.

La rubia me observó. A pesar de su cansancio, seguía siendo hermosa.

—Duerma también usted, doctor. Conviene que esté despejado para cuando Franky regrese con el suero.

—Gracias.

—Y hágame un favor. No irrite demasiado a Franky.

—Descuide. Nos llevaremos bien.

Hizo un gesto de conformidad y abandonó nuevamente la estancia.

—Una mujer interesante —dije.

Al quedar solo MacLenad conmigo, se retiró rápidamente y sacó la pistola.

—No intente pegar la hebra —rezongó.

—¿Qué quiere decir? No le comprendo.

—Será mejor que abandone lo de escapar.

Le sonreí.

—No lo baria ahora por nada del mundo, MacLenad.

Le estaba mirando. Aquel tipo había comprendido mi idea. Si se hubiese entretenido un momento me habría lanzado sobre él para apoderarme del arma, pero había leído mi pensamiento.

Fue a sentarse en una silla y me apuntó con la pistola.

—Siga el consejo de Nora. Duerma.

Me encogí de hombros. No valía la pena que intentase nada. MacLenad dispararía sin pestañear y, por otra parte, yo estaba demasiado cansado y tenía sólo tres horas por delante.

Volví al sillón y no tardé en quedar dormido.

CAPÍTULO V

Eran las doce del día. Todos nos encontrábamos en la habitación donde Tubby luchaba entre la vida y la muerte. Era una pelea en la que yo también jugaba.

Le había puesto el suero y no podía hacer nada más de momento. Me aparté del lecho y miré a Nora. Ella estaba resplandeciente de belleza. Había dormido y se había bañado.

Kitty estaba al otro lado de la habitación, junto a la puerta. Eran dos mujeres hermosas pero muy distintas una de otra.

—¿Comen alguna vez en esta casa? —dije.

Nora meneó la cabeza.

—Vaya con Kitty a la cocina y ella le señalará algo —se dirigió a Franky—. Sal de la casa y monta la guardia.

—Estoy cansado.

—Ya dormirás esta tarde. MacLenad te reemplazará. Ahora es él quien va a dormir. No te preocupes, no estarás solo. Daré alguna vuelta por ahí.

Dijo la última frase mirándome a los ojos para darme a entender que no tenía ninguna posibilidad de huir.

Kitty y yo fuimos a la cocina y me dejé caer en una silla junto a una mesa.

Kitty se puso a freír algo y encendí un cigarrillo.

—Os reunís una buena pandilla —dije.

—Sabía que los encontrarías simpáticos. Por eso tenía interés en que vinieses.

Así era de cínica. Había hecho todo lo posible porque Franky me liquidase en el camino. Daba gusto hablar con ella. Y sólo tenía veinte años. Demonios, ¿qué haría cuando cumpliese los treinta y cinco? Aunque, por el camino que seguía, moriría muy joven.

Comí huevos fritos con jamón, un trozo de tarta de tres días y un pozo negro de café. Mientras tanto, Kitty permaneció allí mirándome.

—¿Crees de verdad que te van a dejar marchar, profesor?

—No, nunca lo he creído.

Hizo un gesto de sorpresa.

—De modo que lo sabes y no intentas escapar.

—Hasta ahora no he tenido ocasión.

Se echó a reír.

—Eres un tipo sincero.

—Dime ahora que vas a sentir mucho mi muerte.

Quedó pensativa.

—Podría haber un arreglo. —Lo dijo en voz muy baja.

Cruzó la cocina y se asomó fuera. Luego volvióse hacia mí.

—¿Serías capaz de hacerlo?

—¿El qué?

—Sabes ya a qué me refiero.

¿Les dije que era una chica muy despierta?

—Sí, tienes razón, Kitty. Creo que te entiendo. Por tu mente ha pasado la idea de que tú y yo podemos escapar con los cincuenta mil dólares.

—¿No te parece bueno?

—Demasiado.

—¿Qué inconveniente le encuentras?

—Uno muy importante. No soy un salteador.

—Yo tampoco.

Me habría reído en otras circunstancias. Ella no era una ladrona. Formaba parte de la banda pero decía que no estaba contaminada.

—Oye, nena, no me vuelvas a contar esa historia tan triste de que no tuviste más remedio que hacerlo porque te obligaron. Es un serial muy malo, y yo tengo el corazón duro como el pedernal.

Apoyó la cabeza en la pared y su semblante adquirió una expresión ensoñadora.

—¿Has pensado en las cosas que se pueden hacer con cincuenta mil dólares?

—Alguna vez.

—Un «Cadillac»... un abrigo de visón, un apartamento de lujo, joyas, vestidos... y una estancia en Miami.

—Contempla el reverso de la moneda. Un juicio, un fiscal, un Jurado... y una estancia en una penitenciaría por cuenta del Estado.

—No seas aburrido.

—Oye, dulzura. Baja de las nubes.

Se vino hacia mí y me puso una mano en el brazo. Sus dedos me apretaron fuertemente mientras sus ojos me miraban con un brillo febril.

—Ove, profesor, es la gran ocasión de tu vida...

—No.

—Yo cooperaré contigo. Te facilitaré la pistola que te abrirá el camino.

—¿Qué debo hacer, pequeña? ¿Dejarlos atados y amordazados?

—No, Kenny.

—Ya te entiendo. Hay que matarlos.

—Es necesario. Son malos bichos. Si los dejamos con vida, nos seguirían hasta el infierno... No podríamos vivir tranquilos. ¿Te das cuenta, Kenny?

—Sí, me doy cuenta.

Se agachó y puso sus labios entreabiertos sobre los míos.

—Kenny...

—Di, dulzura...

—Tú y yo solos... Cincuenta mil dólares... Miami.

—¿Por qué has pensado en mí? Tienes a MacLenad.

—¿Ese puerco...?

—Está Franky también.

—Es sólo un loco, un tipo que tiene perturbadas sus facultades.

Estaba a punto de decirle que se hiciese analizar también ella por un siquiatra, pero no estaba bien que, yo le dijese eso a una mujer tan hermosa como ella, que además me acababa de dar un beso.

—Oye, Kitty... ¿Es que no te enseñaron otra cosa que matar y robar?

Se apartó como si le acabase de decir que yo sufría una enfermedad contagiosa.

—No me vengas ahora con sermones, profesor.

—Eres joven y tienes una buena fachada, Kitty. Podrías dedicarte a cualquier trabajo honrado. Hasta es posible que te cases con un hombre rico. El te proporcionará sin duda el «Cadillac», el

abrigo de visión y todo lo demás.

—Ya me cansé de esperar.

Se había cansado de esperar y no tenía más de veinte años. Siempre había oído decir que nuestra generación era la de la prisa. ¿Qué se podía decir de la de ella? Bueno, lo había olvidado. Ella pertenecía a la época de lo supersónico. A los veinte años quería tenerlo todo o nada.

—De modo que eres un cobarde —dijo.

—Tómalo así, pequeña, pero quizá haya ocasión de demostrarte que no lo soy. Lucharé por mi vida y eso quizá ocurra pronto.

—Les diré que estás pensando en escapar y te vigilarán constantemente. Yo también, profesor. Y me alegraré de ser quien te asesine.

Tomé mi taza y me puse otro pozo de café. Mientras movía el azúcar pregunté:

—¿Quién es Nora?

—Una mujer.

—Eso salta a la vista, ¿o es que crees que estoy ciego?

Me sonrió.

—Te gusta ella, ¿eh?

—Lo mismo que tú. Siempre he preferido a las mujeres bonitas.

—Gracias, eres muy amable.

—No tienes por qué darlas. Es justicia que se te hace.

—No pienses en Nora.

—¿Por qué no he de pensar?

—Ya tiene su hombre.

—¿Cuál de ellos?

—No está aquí.

—Vaya, hay otro miembro de la banda a quien no conozco.

—Douglas no ha tomado parte en el golpe. Está en la cárcel cumpliendo una condena de diez años, aun cuando esperan que salga dentro de dos.

—¿Es su marido?

—Sí. MacLenad y Tubby hicieron con Douglas unos cuantos trabajos. El único nuevo en la pandilla es ese Franky.

—Ha resultado un buen refuerzo —comentó—. ¿Quién organizó el golpe de Carson City?

—Nora.

—¿Cómo entraste a formar parte de la pandilla?

—Conocí a Nora en una pensión de Springfield. Teníamos habitaciones contiguas. Fue cuando estaban juzgando a su marido. A Douglas lo habían atrapado durante un atraco a mano armada. Entablamos amistad y la acompañé unas cuentas veces al juicio. Nos dimos cuenta de que nuestros puntos de vista sobre muchas cosas eran idénticas.

—Y estuviste de acuerdo en que sería algo estupendo eso de asaltar un Banco.

—Sí, fue así.

Encendí un cigarrillo.

—¿Has estado alguna vez en la cárcel?

—Dos veces, pero mis estancias fueron muy cortas.

—Esta vez será más larga.

—Prometí no volver.

—Si yo tuviese diez centavos por cada persona que ha prometido no regresar a la celda, sería millonario.

—Yo soy distinta a los demás.

Lo dijo enarcando el busto. Su blusa se hinchó mucho, demasiado.

Se acercó y me besó otra vez.

—Kenny..., —susurró.

—Dime...

—Me tendrías a mí también.

Le pellizqué la barbilla.

—Mi respuesta sigue siendo no, dulzura.

Me pegó un manotazo en la muñeca.

—¡Maldito seas...! ¡No te volverás a burlar de mí!

—No he intentado burlarme de ti en ningún momento, pequeña. ¿Es que no lo recuerdas? Te encontré con cincuenta mil dólares y, sabiendo que eres cómplice de un asalto, decidí dejarte marchar. Se puede decir que, desde que te conozco, te he hecho un trato de favor. Deberías ser un poco más generosa conmigo...

Franky apareció eh el hueco de la puerta. Ninguno de los dos habíamos notado su presencia. No podíamos saber si había llegado a oír nuestras últimas palabras.

Miró a Kitty y luego me miró a mí. Sus ojos eran como trozos de cuarzo, sin ningún brillo.

—Tubby acaba de morir —dijo con voz ronca.

CAPÍTULO VI

El maldito me estaba apuntando otra vez con su pistola y me preparé para saltar sobre él por si estaba dispuesto a freírme allí mismo.

—Anda, ven —dijo—. Nora quiere verte.

Se apartó rápidamente cuando yo pasé por el hueco.

El y Kitty vinieron detrás de mí.

Entramos en la habitación donde Tubby yacía en la cama. Nora estaba junto a la ventana mirando al exterior, pero se dio la vuelta al oírnos llegar.

MacLenad se había sentado en el borde del lecho coa la pistola en la diestra, mirando a Tubby.

Me agaché sobre el muchacho que había sido baleado.

Sí; había dejado de vivir. Eso había sido mucho mejor para él, pero mucho peor para mí.

MacLenad había esperado que me abalanzase y ya no estaba en la silla sino a cuatro pasos de distancia.

Nora dijo:

—Ya le advertí lo que pasaría si Tubby moría, doctor.

—Ustedes han visto que he hecho todo lo posible por salvarlo.

—Eso no nos importa a nosotros.

—Debería importarles, Nora. No tengo que ver nada con ustedes. Sólo llegué aquí por puro azar. Les saqué del apuro cuando Kitty estuvo a punto de caer en manos de la policía. Yo fui quien sacó el botín de Rapid City...

—Usted lo acaba de decir. Eso ocurrió por puro azar. No tenemos más remedio que liquidarlo. Ha tenido tiempo para aprenderse bien nuestras caras.

—No tengo ningún interés en denunciarlos. Me dedico a dar

conferencias y cobro cuarenta dólares por cada una de ellas. Para mí significa un buen pellizco teniendo en cuenta que son muchas las que pronuncio durante el mes.

—No puedo fiarme de usted, doctor.

Era mi sentencia. No había salvación para mí.

Kitty se había quedado junto al hueco de la puerta y permanecía como testigo mudo de la escena.

—No te dolerá, chico —dijo Franky.

Miré el ojo del arma por donde iba a salir la bala.

Sonó un estampido pero ya no sentí nada y de pronto Franky se desplomó después de tambalearse. Habían disparado desde la puerta pero no había sido Kitty quien le había enviado la bala. Acababa de aparecer un hombre a quien yo no conocía, un tipo delgado, muy alto, efe cara huesuda.

—Baja la pistola, MacLenad —ordenó.

MacLenad obedeció sin pestañear porque supo que iba a correr la misma suerte que Franky.

Kitty se puso de puntillas y besó al recién llegado en la mejilla.

—Bienvenido, Ives.

Nora exclamó fuera de sí:

—Cuidado con ellos, Ives —dijo Kitty, y se apartó—. Voy por el botín.

Nora fue a interponerse en el camino y Kitty se le revolvió.

—Cuidado, Nora. Si das un paso más, Ives disparará contra ti. ¿Me oyes bien, Ives?

—Sí, nena.

—Ten cuidado, Nora. Ives es un chico que me obedece ciegamente.

—Traidora —dijo Nora—. Ahora me doy cuenta de que he estado amamantando a una víbora.

Kitty rió otra vez y entró en la habitación de Nora.

Miré el cuerpo de Franky. La bala le había entrado por la nuca sacándole parte de la masa encefálica que ahora ensuciaba el suelo. Junto a su diestra estaba la pistola que se disponía a utilizar contra mí.

Nora miró a Ives.

—¿Quién es usted?

—El tipo que se va a largar con Kitty.

—Un estúpido que la ha creído.

—Frena la lengua, rubia, o te doy lo tuyo.

Kitty reapareció con la valija negra.

De modo que al fin se salía con la suya. Comprendí cuál había sido su juego. No le gustaba Ives. Era un tipo sin ningún atractivo físico, de cabello revuelto, que parecía un loco, y por eso había pretendido que yo lo substituyese. Pero le fallé y ella no tuvo más remedio que atenerse a lo que había planeado con el esquizofrénico. Y de pronto recordé algo muy importante. Cuando me hizo su oferta, habló de que debería cargarme a todos para impedir que nos siguiesen. Estaba claro. Ahora Ives iba a rociar con plomo a Nora a MacLenad y a mí.

—Espera, Kitty —dijo Nora.

—¿Qué quieres, Nora?

—No me hagas esto.

—Ya está hecho.

—Tú sabes para qué quiero el dinero. Voy a comprar la libertad de mi marido y necesito repartir mucha plata entre alguna gente.

—No seas estúpida, Nora. Tu marido es un hombre de cincuenta años. Ya no te sirve. Búscate uno joven como yo.

—Eres una perdida.

Kitty no se inmutó por eso. Por el contrario, acentuó su sonrisa.

—Anda, Nora, desahógate.

Nora se arrojó sobre Kitty.

Ives titubeó por temor a herir a Kitty.

MacLenad empezó a levantar el arma y me arrojé al suelo en busca de la pistola de Franky.

Sonó un disparo y MacLenad lanzó un grito.

Atrapé la pistola al fin y disparé casi sin apuntar.

La bala chocó contra la madera, muy cerca de la cabeza de Ives, y el tipo saltó por el hueco.

En ese momento, Kitty propinó un empujón a Nora, la cual cayó sobre mí.

Ives gritó desde fuera:

—¡Cuidado, Kitty! ¡Tiene una pistola!

Nora estaba tan furiosa que, sin darse cuenta, me clavó el codo en el estómago dejándome sin respiración.

Kitty salió por la puerta llevándose la valija del botín.

Nora gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡No deje que se marchen, doctor...!

Me levanté tratando de recuperar el resuello y salté sobre el cuerpo de Franky que me interrumpía el paso.

Eché a correr cada vez con más velocidad y, cuando abrí la puerta de un tirón, tuve que meterme dentro porque una bala silbó cerca de mi oreja.

—Ande, salga, doctor —dijo Kitty—. Y le enseñaré cuál es mi puntería.

Asomé un trozo de cabeza y la muy condenada me envió un proyectil que no me acertó por escasas pulgadas.

Oí un motor que se ponía en marcha. Los muy granujas huían.

Nora llegó por detrás de mí con una pistola en la mano y fue a salir de la casa sin importarle el peligro. La atrapé del brazo y la atraje contra mí.

—¡Estese quieta, Nora!

—¡Maldito sea...! ¡Déjeme! ¡Esa mujercuela no se puede llevar lo que no es suyo!

El coche pasó frente a la casa enviándonos una rociada de plomo.

Nora dio un tirón y salió al porche. Allí se puso a disparar pero sin ningún resultado práctico. El vehículo fugitivo se perdió a lo lejos por la curva.

Nora giró hacia mí.

—¿Qué está haciendo ahí, doctor? ¡Vamos, dese prisa!

—No voy a hacer nada, Nora.

—¿Por qué no?

—Eso debe ser cuenta de la policía.

—Pero ¿es que se ha quedado dormido? ¡Kitty se lleva los cincuenta mil dólares que eran míos...!

—No, Nora. No eran suyos.

Apretó los dientes con fuerza. Su escote se estremecía mientras respiraba entre jadeos.

—¿Ahora va a empezar con esas...? ¡Yo lo planeé todo! ¿Lo entiende?

Ambos nos apuntábamos con la pistola.

—Yo me marchó, Nora.

—¿A dónde?

—Seguiré mi camino. Si me doy prisa, esta noche a las siete podré dar mi conferencia en Saint Joseph.

—No está hablando en serio.

—Me haré cuenta de que todo esto sólo ha ocurrido en mi mente o que sólo lo vi en la pantalla. Eso es, me metí en un cine y vi una película de gangsters.

—Es absurdo...

—No quiero saber nada de usted, ni de Kitty, ni de los cincuenta mil dólares.

—Muy bien. Haga lo que quiera. Pero yo no dejaré que esa hija de perra se lleve el dinero... ¡No lo dejaré!

Entró en la casa y yo bajé del porche y me dirigí a donde estaba el coche.

Cuando llegué a la curva doblé la cabeza y miré la granja donde había pasado aquellos momentos que difícilmente podría olvidar.

Media hora más tarde corría por el asfalto en dirección a Saint Joseph.

Sólo faltaban cinco minutos para la hora anunciada para la conferencia cuando entré en el local donde me esperaban los socios de la Liga Femenina de Cultura.

Mi discurso fue mucho peor que el que pronuncié la primera vez, cuando inauguré la gira. Me interrumpí unas cuantas veces recordando a Kitty, a Nora y a todos aquellos bastardos que había conocido durante las últimas veinticuatro horas.

Volví a saber de ellos al día siguiente. Mientras desayunaba en un bar de Saint Joseph leí el periódico que acababa de adquirir. Estaba en primera página, La policía había recibido una llamada anónima de una mujer. Ésta anunció el camino que seguían los dos maleantes del Banco de Carson City dando la descripción de un hombre moreno y una pelirroja. La policía dio caza a los fugitivos en un hotel de Summerville. El hombre se hizo fuerte y tuvo que ser derribado por las balas. Pero la mujer se evaporó. Cosa rara. No era pelirroja, según había dicho el encargado del hotel, sino morena. El muerto había sido identificado como Ives Gonn, un tipo que había sufrido varias condenas en diferentes estados. Habíanse recuperado cuarenta y nueve mil quinientos dólares que fueron encontrados en una valija negra.

Hice una pausa para imaginar a Kitty con cabello negro. No;

estaba mejor como pelirroja y recordé cómo su cabellera había destacado por entre todas las que vi en aquel salón de Rapid City.

De modo que ella había logrado huir. ¿Hasta cuándo?

El diario traía otra información. En una granja habían sido encontrados tres cadáveres. Uno de los tipos fue identificado como el individuo que había sido herido durante el asalto al Banco de Carson City y, naturalmente, se suponía que los otros dos eran sus compañeros de faena. La hipótesis de la policía era que la banda, al reunirse para hacer el reparto de los cincuenta mil dólares, se había puesto a discutir y el resultado fue una masacre.

Ése era el final de mi aventura, pensé entonces.

Pero yo estaba muy equivocado.

CAPÍTULO VII

Bill Jordan me liquidó ochocientos dólares mientras decía:

—Demonios, muchacho. Te has convertido en un estupendo conferenciante.

—Gracias, Bill. Precisamente de eso iba a hablarte. Quiero cobrar setenta por actuación.

—Infiernos, ya te pago sesenta y sólo hace un año y medio que empezaste esto. Primero fueron cuarenta y, de cinco en cinco, hemos ido subiendo...

—Muy bien. Continuaré cobrando los sesenta pero, en tal caso, quiero que disminuyas el número de compromisos.

—¡No podemos hacer eso!

—Yo también tengo un límite. Hay meses en que pronuncio hasta veinte conferencias y me recorro tres mil millas. ¿Qué crees que soy? ¿Una máquina?

—Ese «Buick» que te compraste el mes pasado no conoce las distancias.

—No, él no las conoce, pero yo sí, que soy quien está al volante. Hoteles... comidas... Tan pronto me mandas al lago Michigan como a Nueva Orleáns. Paso del invierno al verano en el transcurso de unas cuantas horas. No sé si llevarme abrigo o el *slip*. Estoy cansado, Bill.

—Vamos, hombre. Echa una mirada a tu cuenta bancaria y dime cómo está. Hace dieciocho meses llegaste aquí sin un centavo. Recuérdalo.

—Lo recuerdo.

—Ahora tienes unos cuantos miles ahorrados —se puso en pie y dando la vuelta a la mesa me palmeó la espalda—. Vamos, muchacho, un par de años en este negocio y te podrás retirar con

unas buenas ganancias.

No; yo no continuaba hablando a los socios de los Clubs Femeninos sobre la mujer en la era del átomo, Ahora eran otros temas. Me había convertido en un especialista de esta clase de conferencias. Sí; hermano, a estas alturas había descubierto en mí dotes de orador. En muchas ocasiones había empezado a hablar de una cosa que formaba parte del discurso aprendido, pero luego, quizá porque me aburría repetir lo que ya conocía, improvisaba sobre otras cuestiones. Esto daba a la conferencia una frescura, una espontaneidad, de la que carecía cuando recitaba como un papagayo. Los periódicos locales hablaban de mí y había logrado una cierta fama en las poblaciones entre diez y veinte mil habitantes del Medio Oeste.

Repetí a Bill que me recortase el itinerario esta vez, pero él insistió en que eran compromisos ineludibles, de modo que al final subió tres dólares por conferencia. La gira que iba a emprender al día siguiente abarcaba cuatro Estados. Estaría poco más de un mes fuera y durante ese tiempo pronunciaría dieciocho conferencias.

La cosa se inició con buen éxito en Weston, West Virginia. En el mismo estado pronuncié conferencias en Spencer y Amsted. Luego pasé a Ohio y empecé con Gallópolis. Luego seguí por Jackson e Hillsboro. Después de Hillsboro pasé a Brandonville, en el propio estado de Ohio.

Era la primera vez que me llegaba a Brandonville. Resultó ser un pueblo como otros muchos que había visitado, sólo que éste parecía más bonito porque acababa de iniciarse la primavera.

Era una soleada mañana y pensé que había sido una suerte el que hubiese decidido hacer mi viaje con un día de anticipación. Era viernes y hasta el sábado a las seis de la tarde no debía pronunciar mi conferencia. El lunes debería ir a Glocester, a unas setenta millas. Así las cosas, me prometí pasar un buen fin de semana.

Me alojé en el hotel Kingston.

Después de tomar un baño y vestirme, salí a la calle.

Quería llevar el coche a una estación de servicio para que lo lavasen y luego iría a almorzar.

Había dejado el «Buick» cerca del hotel. Me puse al volante, y justo cuando iba a sacarlo del hueco, me dieron un golpe por detrás.

Fui a volver la cabeza y entonces una mujer gritó:

—¡Eh, usted! ¿Es que no tiene ojos para mirar?

Detuve mi carro y salté fuera disponiéndome al combate.

Ya tenía la boca abierta para soltar la primera andanada pero quedé de muestra, observando a la joven que había de pie en el asiento delantero de un cupé amarillo, modelo ocho años atrás. El cupé no tenía mucho que ver, pero sí tenía la muchacha.

Podía estar por los veintitrés o veinticuatro años y era esbelta, de cabello negro, corto, y óvalo perfecto en el que destacaban unos ojos grandes, oscuros como el alquitrán. Se cubría con un jersey, que se plegaba a su busto, y falda gris, también muy estrecha.

Tal como estaba el cupé, ella acababa de llegar. Quizá los frenos no le obedecieron y se precipitó sobre la popa de mi coche.

Seguí acercándome a ella.

—¿Quién se ha creído que es? —dijo—. ¿Acaso cree que puede atropellar a todas las personas?

Tenía genio aunque no tuviese razón.

Estaba seguro de que el incidente se debía a un fallo mecánico, pero ¿por qué demonios no lo reconocía ella? De modo que cambié de idea al momento.

—¿Dónde le enseñaron a conducir, nena?

Sus ojos chispearon.

—¿Es que no va a reconocer que usted se ha echado hacia atrás?

—No tuve tiempo para eso. Usted llegó corriendo como si tomase parte en una carrera, y me largó un buen golpe. Eso es todo.

—¡Falso! —exclamó fuera de sí.

Un policía se llegó por la acera.

—¿Qué pasa, Laurie?

Laurie. Era un bonito nombre.

—Buenos días, Hugh. Se trata de este tipo. Trató de sacar el coche y no vio que yo llegaba.

El agente era de cara ancha y cejas espesas. Me dirigió una mirada con el ceño fruncido. Antes de que pudiese decir nada, le espeté.

—Fue ella, agente. Aunque si me dice que está aprendiendo, la perdonaré.

Naturalmente, lo dije para sacar de sus casillas a la bella señorita Laurie.

Rió con sarcasmo, poniendo los brazos en jarras. Estaba

sencillamente maravillosa.

—¿Oyes eso, Huck? Resulta que llegó a Brandonville un perdonavidas.

Huck se rascó el cogote sin decidirse todavía a intervenir. Me dio la impresión de que conocía a la joven por su genio endiablado y suponía que era la culpable del incidente.

Miré mi coche. Después de todo, sólo me había doblado el parachoques.

—¿Qué estás esperando, Huck? —preguntó Laurie.

—Si hubiese algún testigo —dijo el agente dando mete vuelta a su alrededor.

Se habían detenido media docena de personas en la acera y todas ellas estaban escuchando, pero nadie optó por un bando u otro.

Laurie los instó.

—¿No vieron cómo él retrocedía a demasiada velocidad?

Nadie contestó y yo solté una risita.

—No ha obtenido ningún voto, nena. Tendrá que retirar su candidatura.

Me miró otra vez con furia.

—Se cree muy gracioso, ¿verdad?

—Usted lo está convirtiendo en un buen número.

—He conocido a personas desagradables, pero usted se encuentra a la cabeza de la clasificación.

—Me considero honrado por ello.

A cada palabra mía, Laurie sentíase más irritada.

—Bueno, muchacha, si quieres podemos presentar la denuncia.

Huck intervino.

—Yo también presentaré la mía —dije.

—¡Yo lo haré primero! —gritó la joven señalándose el pecho con el índice.

Huck carraspeó.

—En tal caso, están empatados. ¿Por qué no se arreglan por las buenas?

—¿Yo me arreglaré con ese...?

Laurie dejó la frase sin terminar, quizá porque estaba buscando una palabra que no encontró en la buhardilla de su mente.

—Bueno, agente —dije conciliador— la verdad es que estoy

dispuesto a zanjar la cuestión si la señorita también lo está.

—Eso es justo —sonrió Huck y alzó la mirada depositándola en la cara de la muchacha.

—¿Es así como prestas tus servicios, Huck?

—Escucha, Laurie, nadie lo ha visto. Es tu palabra contra la de él y los dos quieren tener razón. Si no se ponen de acuerdo, iremos al juez. Pero tal como están las cosas yo les aconsejaría que lo acabasen aquí mismo.

Hubo un silencio y Laurie me miró a la cara.

—Tiene usted suerte.

—Ya me lo han dicho algunas veces.

—No sea sarcástico o decidiré ir al juez.

—Perdone, señorita.

Aquello la esponjó. Hasta sus labios sonrieron.

—Está bien —dijo—. Me daré por satisfecha ya que ha reconocido su culpa...

Era una consecuencia muy temeraria por su parte. Yo no había reconocido nada, pero decidí dar por terminado aquel diálogo o no acabaríamos nunca.

—Así me gusta, Laurie —dijo Huck—. Vamos, muchachos —habló al público—. Terminó todo, circulen...

Me dirigí a la joven.

—¿Quiere apartarse un poco, nena? Tengo que sacar mi carro...

Apretó los labios y finalmente se dejó caer en el asiento.

Me di mucha prisa en descolgar su parachoques del mío. Un segundo más y uno de los dos, el de su cupé o el mío, hubiese sido desguazado.

Como todavía estaba airada, se fue hacia atrás y en ese momento, llegó un coche por la calle principal y, aunque el conductor echó los frenos, no pudo evitar que agarrase al cupé por uno de los lados.

Sonó un terrible golpetazo y cerré los ojos porque no quise ver aquello.

El policía Huck sí lo había visto.

Laurie se levantó del asiento como impulsada por muelles y me señaló con el dedo.

—¡Ha sido él! ¡Deténlo, Huck! ¡Que no se escape!

Huck y yo nos miramos y él movió la cabeza de un lado a otro.

Eso quería decir que yo no tenía nada que ver con aquello.

Entonces encanuté los labios y silbando una canción me dirigí a mi coche.

Hice dar la vuelta al «Buick» y, cuando pasaba frente a la joven, le hice un saludo con la mano.

—Fue un placer conocerla, nena.

A mis espaldas la oí gritar:

—¡Huck! ¡Deténlo, Huck!

Pero Huck también esta vez cumplió con su deber y no le hizo ningún caso.

CAPÍTULO VIII

Por la tarde estuve viendo el local donde debía celebrar mi conferencia.

Estaba reunida la comisión ejecutiva a la que me presenté. Todas se mostraron muy amables. La que dijo ser la secretaria del club, la señora Vera Reinolds, una mujer de barbilla muy alargada y ojos defendidos por gruesos lentes, me anunció:

—Nuestra presidente, la señora Simpson, se encuentra un poco indispuesta y no ha podido venir hoy.

—Cuánto lo siento —dije—. Espero que mañana se encuentre mejor y pueda asistir a la conferencia.

—La señora Simpson se preocupa mucho por las actividades del club y, en opinión de todas nosotras, es la mejor presidente que hemos tenido.

Después de tan interesante diálogo me despedí de ellas y me largué a un cine donde pasaban una película *de* Gary Cooper.

Ya era de noche cuando salí del local y poco después me sentaba en el taburete de un mostrador. Pedí unos bocadillos y una cerveza.

De pronto oí una voz a mi espalda que yo conocía.

—Buenas noches, Joe.

La vi reflejada en el espejo. Era la morocha, Laurie.

Volví la cabeza hacia ella.

—¿Qué tal? —dije—. ¿Logró al fin estacionar su coche?

Sus ojos parecieron dos ascuas.

—De modo que es usted...

—En carne y hueso.

—Ya le conozco.

—Claro que sí. Nos encontramos esta mañana.

—Usted es Kenny Dexter, el cuentista que ha venido a soltarnos

una conferencia.

Le sonreí.

—Será un honor para mí tenerla entre mi auditorio.

—No cuente con ello.

—Es una lástima. Aprenderá mucho.

—Dudo que usted me pueda enseñar algo.

La miré intencionadamente a sus puntos más atractivos.

—Dígame qué rato está libre y empezaremos con la primera lección.

—Antes me tiraría a un pozo.

—En tal caso, sería mejor que aprendiese a nadar.

En aquel momento oí una voz varonil.

—¿Pasa algo, Laurie?

Un hombre se adelantó hacia ella. Estaba por los treinta años y era fuerte y grande como un oso.

Los labios de Laurie sonrieron.

—Se trata de este caballero. Lo conocí esta mañana.

—Ya, el tipo que te pegó con el coche.

—Sí, Milton.

Milton me miró haciendo una mueca.

—Un tipo chistoso, ¿eh?

Yo nada tenía que decir a aquello. Fue Laurie quien respondió:

—Sí, Milton. El señor Dexter tiene la mar de grada.

Milton me apuntó con el dedo como si fuese una pistola y me amenazó.

—Tenga cuidado, Dexter. Soy un tipo de poco aguante.

—Lo mismo que yo —dije.

—No vuelva a mirarla.

—Eso es algo que usted no puede impedir.

—¿Busca pelea?

—Yo juraría que es usted.

Laurie le tomó del brazo.

—Vámonos, Milton. Hay personas de las que necesito alejarme cuanto antes.

Se marcharon a una mesa pero Milton me miró tres o cuatro veces mientras se alejaban.

Continué despachando mis bocadillos y mi cerveza.

Un hombrecillo rió a mi derecha.

—Le gusta, ¿eh?

Lo miré. Estaba por los sesenta años, y tenía cara simpática y ojos pequeños.

—Soy Ronald Uris.

Me presenté también y nos estrechamos la mano. Luego pregunté:

—¿Quién es ella?

—Nuestra más atractiva chica casadera y la de peor carácter de todo el condado.

—Ya me cercioré.

—Fue a la Universidad pero tuvo que dejarlo antes de que la expulsasen. Creo que ha trabajado en todas las oficinas de la calle Mayor de Brandonville. La tengo comparada a un cactus. Si tocas, te pinchas.

—A pesar de eso, me gustaría tocarla.

El viejecillo rió.

—Tenga cuidado. Milton Tolliver ha enviado este año a tres hombres al hospital. Creo que los dos forman una buena pareja.

—Discrepo de eso, abuelo. Un gorila nunca pueda apreciar la belleza ni el aroma de una flor.

—Oiga, le ha salido bien, aunque no me extraña. Ya me dijeron que es usted el conferenciante.

—Sí.

—Usted no da el tipo. Todos los conferenciantes que pasaron por aquí estaban por los cincuenta años y eran feos como demonios. Usted es joven, alto y no mal parecido.

—Si sigue así le nombraré mi manager, Ronald.

Alcanzó su vaso de *whisky* con una risita y se lo echó al colete. Después de chasquear la lengua, dijo:

—Tengo un negocio de herboristería en el número 92 de la calle. Si necesita alguna cosa, allí me encontrará.

—¿Tiene ese filtro para enamorar?

—Mi abuelo lo vendía por esta región cuando todavía había indios pero, cuando me ocupé del negocio, decidí convertirlo en algo honrado.

Pedí un café.

—¿Laurie qué más?

—Laurie Wren.

—¿Qué hace ahora ella?

—Es la secretaria del señor Simpson.

—¿Se refiere al marido de la señora Simpson, presidente del club femenino?

—El mismo.

—¿Qué negocios tiene él?

Rió otra vez.

—¿No ha oído nunca hablar de los Simpson de Brandonville?

—Vengo de muy lejos, abuelo.

—Los Simpson labraron su fortuna a lo largo de un siglo. Son dueños de la media docena de compañías más importantes que hay en la ciudad, desde cementos hasta líneas de conducción eléctrica.

—¿Cree que va a durar mucho Laurie en ese puesto?

—Ya lleva dos meses y probablemente es lo que mejor le va. El señor Simpson es una buena persona.

—Más vale así. ¿Toma otro *whisky*?

—No, gracias. He de cuidar mi úlcera. Bienvenido a Brandonville, señor Dexter.

—Gracias, Ronald, quizá pase por su negocio. No es frecuente encontrar a un tipo simpático como usted.

Uris se marchó.

Bebí mi café y después de pagar el importe me dirigí a la puerta. Instintivamente, dirigí la mirada hacia el lugar donde se encontraba Laurie en compañía de su ogro. Ella también alzó los ojos y por unos momentos nuestras miradas se encontraron. Le hice un saludo, al que ella no correspondió, y salí a la calle.

Minutos más tarde me encontraba tendido en la cama, en la habitación del hotel.

Leí el periódico local y cuando empezaba a adormilarme apagué la luz. Entonces, sonó el timbre del teléfono.

Encendí de nuevo y alcancé el auricular de la mesita de noche.

—¿Sí?

Oí una voz varonil.

—¿Señor Dexter...?

—Desde luego.

—Le va a hablar la señora Simpson.

Hubo una pausa y luego oí la voz de la señora Simpson.

—¿Hizo buen viaje, señor Dexter?

—Sí, señora Simpson.

—Nuestra secretaria me habló de que había llegado usted con cierta anticipación.

—Me alegro de ello ciertamente, señora Simpson. Tuve oportunidad para conocer su lindo pueblo —estaba pensando en Laurie Wren.

—¿Tiene algo que hacer ahora?

Yo estaba acostado pero, naturalmente, no me pareció correcto decírselo.

—Leía un rato.

—¿Puede venir a mi casa, señor Dexter? Me gustaría conocer el contenido de su conferencia.

De buena gana me hubiera disculpado, pero no sé por qué no lo hice.

—Muy bien, señora Simpson. ¿Dónde vive usted?

—Mi casa está a dos millas del pueblo. Sólo tiene que salir por la carretera del sur y doblar luego por el primer camino a la izquierda.

—Muy bien. Emplearé una media hora.

—Lo espero.

Tenía el coche en la calle. En la estación de servicio te habían arreglado el parachoques.

Fui por el camino del sur que la señora Simpson me había indicado.

Una milla más allá, vi el camino al que ella se había referido pero no era tal camino, sino una carretera más grande que aquella que daba acceso a la ciudad. Añosos árboles la bordeaban.

La casa era una mole gigantesca de piedra y mármol. Sólo unas cuantas ventanas estaban encendidas además del porche.

A la luz de los faros vi magníficas cocheras, pistas de tenis, una piscina. La casa había sido remozada pero otras casas habían sido construidas recientemente.

Apenas me detuve al pie de la escalinata, la puerta se abrió y arriba apareció un criado.

—¿Quiere seguirme, señor Dexter?

Le acompañé con mi portafolios hasta una gran biblioteca que estaba envuelta en la semipenumbra. Sobre las paredes había grandes estanterías llenas de libros y al fondo vi un gran cuadro en donde aparecía un hombre de unos cincuenta años de edad, de

cabeza casi calva, bigote blanco y ojos verdosos. Su labio inferior colgaba un poco.

Lo estaba mirando cuando oí ruido a mi espalda y me volví.

—Buenas noches —dijo la mujer que acababa de entrar.

El corazón me dio un vuelvo porque la señora Simpson era Kitty.

CAPÍTULO IX

Estaba mucho más hermosa que cuando la conocí pero su cara había cambiado muy poco y también seguía conservando aquel hermoso color caoba de su cabello. Cubríase con un vestido de noche de color negro, sin breteles.

Sus hombros desnudos tenían un color suavemente bronceado.

—¿Sorprendido? —dijo.

—Sinceramente, sí.

Me sonrió.

—Cuánto me alegro de verte, profesor.

Yo seguía muy serio, quieto donde me había sorprendido su aparición.

—¿No vas a decir que te alegras, Kenny?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Estoy un poco desconcertado. No todos los días me encuentro con una chica a quien conocí en otro tiempo convertida en toda una dama.

—Gracias por tu delicadeza... ¿*Whisky*?

—No. Creo que me iré.

Ella había empezado a andar hacia la bandeja que había sobre una mesa y se detuvo.

—¿Irte?

—Sí.

—¿A dónde?

—A mi hotel.

—¿Es que me tienes miedo?

—Llámallo precaución.

Rió divertida.

—¿Quieres que registremos la casa? Te aseguro que aquí no hay ninguna pandilla de salteadores.

Su sonrisa era encantadora. Estaba de perfil y no sé si habría estudiado la posición porque de esa forma hacía resaltar sus senos.

—*Whisky* —asentí.

Preparó dos vasos con una buena ración y cubitos de hielo y me entregó el que me correspondía.

Levantó el suyo brindando:

—Por los antiguos amigos.

Yo no dije nada y bebimos en silencio.

—Anda, siéntate —dijo.

—¿Está tu marido en casa?

—No. Tenía una reunión de negocios.

Arrugué el ceño mirándole la cara.

—¿Te gusta el modelo? —dijo.

Le observé la nariz, los ojos.

—Empiezo a comprender.

—¿Qué es lo que empiezas a comprender?

—La secretaria del club me dijo que estabas resfriada.

—Era mentira.

—Ya lo veo. ¿Por qué mentiste?

—Quería hablar contigo a solas. Para mí es una gran satisfacción verte de nuevo. Además... —hizo una pausa—, quería sorprenderte. Después de todo, ¿no es eso muy humano? Me conociste en otra época, en otro momento, y ahora soy la señora Simpson.

Señalé el cuadro.

—¿Es él?

—Sí. Con diez años menos.

Sacudí la cabeza sonriendo. Era algo digno de Kitty. Se había casado con un hombre de sesenta años.

—Imagínate. Lo conocí en Chicago. Nos presentaron en una fiesta y, a partir de ese momento, empezó a asediarme. Flores, joyas... En fin, no tuve más remedio que claudicar... ¿A quién le amarga un dulce?

Aquella forma de hablar era muy propia de la Kitty que yo había conocido año y medio atrás.

—Me dijeron que él es muy buena persona.

—Sí, Kenny. Un verdadero santo.

—Me alegro por ti, pero ahora, si te parece, ¿quieres echar un vistazo a la conferencia?... Traje una copia... —Caminé hacia el sillón donde había dejado el portafolios.

—Déjalo, Kenny.

Giré hacia ella.

—¿No quieres leerlo?

—No... Anda, dame un cigarrillo.

Encendimos los dos y luego pregunté mientras arrojaba una bocanada de humo:

—¿Has sabido algo de Nora?

—No. Ni una palabra. ¿Y tú?

—Tampoco.

Aquella traidora nos vendió bien a Ives y a mí.

—No puedes recriminarla. Tú la burlaste.

Rió otra vez.

—Lo único divertido fue la forma en que planté a la policía. ¿Me imaginas gateando por los tejados...? Así fue como lo hice.

No; no me gustaba recordar todo aquello. Había quedado enterrado y ahora la presencia de Kitty lo despertaba. Pero ella se refería a aquel pasado como a una partida de *bridge* que hubiese jugado el día anterior. No tenía en cuenta que habían muerto hombres y que ella había sido la causante de la de algunos de ellos.

Dejé el vaso en la bandeja y le tendí la mano.

—Buenas noches, señora Simpson.

—¿Es que te vas a ir ya? ¿Por qué tanta prisa?

—El Club Femenino de Brandonville contrató con nuestra entidad una conferencia y soy yo quien tengo que pronunciarla. Tengo que dormir para estar fresco mañana y no defraudar a los socios.

—¡Que se vayan al cuerno el club y los socios!

Se acercó mucho a mí, me puso las manos sobre los hombros y luego me besó en la boca.

Sentí el calor que emanaba de su cuerpo.

Kitty me pareció ahora más turbadora que nunca.

—Querido —dijo.

Me besó otra vez e, instintivamente, mis brazos la rodearon.

De pronto se abrió la puerta y oímos una voz.

—¡Oh!

Kitty se separó de mí bruscamente.

Allá, en el umbral, estaba Laurie Wren.

Kitty dijo:

—Es usted muy atrevido, señor Dexter.

Quedé sin habla.

Laurie Wren me dirigió una mirada cargada de ira y luego dijo:

—Perdón, señora Simpson, pero dejé olvidada una carpeta que necesitaba para mi trabajo. Con su permiso.

Cruzó la estancia hacia la mesa, abrió un cajón y extrajo la carpeta. Luego echó a andar otra vez.

—Buenas noches —dijo y abandonó la habitación.

Ahora, después que ella se hubo marchado, sentí que en mi pecho crecía la furia.

—Estarás satisfecha, ¿eh, Kitty?

—Lo siento, Kenny, pero no tuve más remedio que decir lo que dije para salvar mi reputación.

—No debiste acercarte a mí y tu reputación seguiría siendo intachable.

—Pudo más el deseo que cualquier otra cosa.

—Será mejor que lo sepas desde este momento, Kitty.

—¿Qué es lo que debo saber?

—Yo no entro en tus planes.

—No te comprendo —de pronto se echó a reír—. Ya sé. Has pensado que yo te traje aquí. Es eso, ¿verdad, Kenny?

—Dejémoslo.

Caminé hacia el sillón y atrapé el portafolios.

Cuando fui a volverme, ella ya estaba a mi lado apretándome un brazo.

—Kenny... No te marches.

—Debo irme.

—Estoy la mar de aburrida. ¿Es que no te das cuenta?

—Aquí tienes muchos libros. Lee cualquiera de ellos. Servirá para distraerte.

—¡Al diablo con los libros! ¡Los odio!

—Puedo dejarte mi conferencia. Quizá te resulte distraída.

—Odio las conferencias. He tenido que soportar muchas desde que llegué aquí. Sólo me gusta ir a las conferencias para lucir mis vestidos... ¡Sólo por eso!

—Tú elegiste eso, Kitty. Lo dijiste antes. Tienes joyas, pieles y apuesto a que también posees un «Cadillac».

—Sí. Y el invierno último, cuando la boda, pasamos la luna de miel en Miami.

—Tienes todo lo que deseabas.

—No, Kenny. Todo no... ¡Maldita sea! ¿Es que no lo comprendes? ¡Él es un viejo de sesenta años!

—Cállate. No es necesario que continúes.

Apretó la mano con la que sostenía el vaso.

—Cuidado, lo puedes romper y te cortarás —dije.

Respiró entrecortadamente.

—¡Anda y vete si es eso lo que quieres!...

Eché a andar hacia la puerta.

—¡Kenny! —dijo.

Me volví cuando llegaba ya al umbral.

—¿Sí, Kitty?

—Quédate y te prometo no acercarme a ti. Sólo quiero que me hables.

—Lo siento, pero voy a respirar un poco de aire puro.

Salí de la habitación y de la casa. Estaba de mal humor pero mientras me alejaba en el «Buick» comprendí que la causa de mi enfado había sido la aparición de Laurie Wren. Ella me había visto besando a la señora Simpson. Y por si faltaba algo, oyó decir a la señora Simpson que yo era muy atrevido. Sí, Laurie Wren tenía ahora un cuadro muy completo de mí.

Frené bruscamente después de tomar la segunda curva porque me eché encima de un coche que estaba allí detenido.

Era el cupé amarillo. Laurie Wren estaba en la parte del motor, con el capot levantado.

Salté fuera.

—¿Puedo servirle de ayuda?

Ella me miró con una arruga entre las cejas.

—No, no quiero ninguna ayuda de usted.

—Déjeme. Entiendo un poco de averías de motor.

Se apartó de mala gana y yo inicié mi trabajo.

Supe enseguida de qué se trataba. Se había obturado el chicle del carburador. Con soplarlo un poco estaba arreglado pero me volví hacia ella y dije:

—Hemos de esperar un poco a que se enfríe.

—Gracias, señor Dexter. Esperaré sola.

—No se preocupe. No tengo ninguna prisa. Le haré compañía.

Ella miró a otra parte.

Saqué el paquete de cigarrillos.

—¿Quiere?

—No, gracias.

Encendí y la miré a la cara entre la nube de humo. Los faros de mi coche prestaban iluminación a la escena.

—Apuesto a que piensa muy mal de mí, ¿verdad, Laurie?

—Había pensado no decirle nada pero, ya que toca usted el tema, le diré que es tan despreciable como un gusano.

Di un suspiro.

—No esperaba menos de usted.

—En tal caso, debió callarse o pasar de largo.

—Comprendo que las pruebas me acusan.

—Es usted muy sagaz.

—Y que no valdrá de nada el que yo diga que, a veces, las circunstancias no son lo que uno cree.

—No se canse, señor Dexter. Lo vi con mis propios ojos. No me lo ha contado nadie.

—Y también oyó a la señora Simpson, ¿verdad?

—Desde luego.

—En fin, estoy juzgado y sentenciado y, al parecer, para mí no existe apelación.

—Se expresa usted muy bien, pero lo ha dicho con toda exactitud.

La observé fijamente.

—Comprendo que he acabado con todas mis posibilidades acerca de usted.

—¿Qué es eso de todas las posibilidades?

—Usted me gustó, Laurie. Ahora se lo puedo decir, ya que todo ha terminado entre nosotros.

—Pero ¿es que se inició algo?

—Desde mi punto de vista, sí. Se inició algo.

—Usted es muy optimista, señor Dexter.

—Parece que sí.

—Haría bien en no dar rienda suelta a su imaginación en lo que

se refiere a mí. No soy la señora Simpson.

—¿Qué quiere decir?

—Si se atreviese a besarme, se arrepentiría al momento.

—Descuide. No me gusta besar a nadie, si no cuento al menos con el cincuenta por ciento de la colaboración.

Le di la espalda y en un instante solucioné lo del carburador.

—Ya puede seguir su camino —dije y caminé hacia mi coche.

Cuando pasé frente a ella continuaba en el mismo sitio, mirándome un poco sorprendida.

Esa noche no dormí muy tranquilo.

CAPÍTULO X

Los socios del club femenino aplaudieron mucho al final de mi conferencia.

La señora Simpson estaba a mi derecha luciendo un bonito modelo con sombrero provisto de red.

Kitty y yo habíamos procedido protocolariamente, como si no nos conociésemos. Pero eso duró poco porque la secretaria nos presentó enseguida, antes del comienzo del acto.

Como siempre, después de la felicitación de la presidencia, lo hicieron muchos socios.

No; no había visto por ninguna parte a Laurie Wren y eso era natural. Le había caído antipático a la muchacha desde el primer momento y lo que ocurrió con posterioridad lo acabó de arreglar.

La señora Simpson, en presencia de sus amigas, dijo:

—Imagino, señor Dexter, que se quedará en Brandonville para pasar el fin de semana.

Eso era lo que yo había pensado en un principio pero ahora las cosas habían cambiado.

—No, señora Simpson. Me marcharé inmediatamente. El lunes pronunciaré una conferencia en Glocester.

—Esa ciudad está muy cercana a la nuestra. Puede marcharse el lunes y llegará con tiempo por delante.

—Lo siento, pero el caso es que he de preparar todavía el tema, y necesito estar solo.

Aquello lo decía por ella, aunque todo era falso porque mi conferencia estaba suficientemente preparada como para que no le echase siquiera una ojeada.

Todas mis oyentes lamentaron mucho que me tuviese que marchar de su ciudad tan rápidamente. Me despedí de todos,

empezando por la presidente, mi antigua amiga Kitty, y salí del local.

Me iba a meter en el coche cuando oí su voz.

—Un momento, señor Dexter.

Era la señora Simpson, quien traía una sonrisa en los labios pero al detenerse cerca de mí se puso seria.

—¿Por qué has de marcharte?

—¡Cuidado, señora Simpson! La pueden oír.

—Podremos estar solos... Mi marido se marcha a Chicago.

Ésa era otra razón para que me largase de allí cuanto antes.

—Muchas gracias, señora Simpson—dije en voz alta para que lo pudiese escuchar la gente que salía del club—. Yo también recordaré Brandonville.

Sus menudos dientes se apretaron.

—Eres un imbécil.

—Encantado, señora Simpson.

Salté al coche. Con anterioridad me había despedido del hotel de modo que no tenía por qué detenerme un minuto más en Brandonville.

Me aparté de la acera, agité la mano a las señoras que me saludaban y, antes de volver la cabeza al frente, vi a la señora Simpson inmóvil en la acera y muy seria.

Al final de la calle observé un cupé estacionado.

Allí estaba justamente la herboristería de Ronald Uris.

Arrimé el «Buick» al bordillo, un poco más allá del cupé.

Ronald estaba hablando a Laurie Wren.

—Esas hierbas le vendrán muy bien a su tía Carolina. Es lo mejor para el hígado.

—Buenas noches —saludé.

Los dos me miraron.

—Vengo a despedirme —dije.

—Creí que se quedaría un par de días —arguyó Ronald.

—No soy muy popular en Brandonville, señor Uris. Miré de reojo a Laurie y ella bajó los ojos.

Ronald chascó la lengua.

—Hay gente que no sabe conocer a las personas... Ahora que recuerdo, le traeré esas hierbas, Laurie. Las tengo por ahí dentro.

Uris era un tipo muy listo. Así nos dejó solos.

—No la vi en la sala del club —dije por decir algo.

—Estuve allí, pero usted no me vio.

—Oh —dije.

—¿Es cierto que se marcha?

—Sí... Le extraña, ¿verdad? Usted ha creído que la señora Simpson y yo...

Observé que sus mejillas se coloreaban.

—No me importa en absoluto su vida privada, señor Dexter.

—Lo suponía... En cambio a mí, usted me hubiese importado algo más.

Estábamos muy cerca.

—No trate de embaucarme, señor Dexter.

Pero esa frase no la dijo con rabia. Por el contrario, la pronunció muy suavemente.

—¿Por qué iba a embaucarla a usted, Laurie?

Nunca he visto unos ojos tan grandes como los de ella y, por primera vez desde que la conocía, ahora en ellos no había brillo de ira ni de odio.

La besé en los labios. Fue un beso en el que no toqué su cuerpo con mis manos y ella se quedó quieta.

De pronto, algo parecido a un ciclón entró por la puerta y un puño se estrelló sobre mi cara.

Di una vuelta sobre mí mismo y me derrumbé sobre un saco de hierbas.

—¡Maldito sea, Dexter! ¡Lo voy a destrozar!

Era el oso.

Laurie retrocedió hacia el mostrador mientras Ronald salía de la trastienda.

—¿Qué pasa aquí? —dijo el abuelo.

Milton Tolliver apretó los puños.

—Ande, levántese, Dexter, y pelee como los hombres.

Me enderecé y ése fue un error por mi parte porque todavía estaba aturdido.

El tipo se vino hacia mí lanzándome el puño otra vez a la cara. Logré apartar la cabeza a tiempo de evitar el impacto aunque sus nudillos me arrancaron un trozo de piel del cuello.

Fue un buen momento para incrustarle la zurda en el hígado.

Milton lanzó un grito y se dobló sobre la pared.

Lo tomé del hombro y lo hice girar para que se enfrentase y, antes de que él se diese cuenta de lo que iba a ocurrir, le machaqué la mandíbula.

Milton se vino abajo y quedó semi inconsciente en el suelo.

Aleé los ojos y vi a Laurie otra vez furiosa.

—¡Mire lo que ha hecho! —gritó.

—Tuve que defenderme.

—La culpa ha sido mía por dejarlo que me besase.

—Tú también lo deseabas.

—Quizá he cometido una ingenuidad. Usted estaba representando un papel al decir que se marchaba de la ciudad. Fue una sorpresa para mí realmente, pero ahora comprendo que era un engaño para acercarse.

—No, Laurie, No era eso.

—Me encontró aquí pero me hubiese buscado en cualquier otra parte para montar su comedia.

—Serénate, Laurie. No sabes lo que dices.

—Sí, ahora lo sé. Y será mejor que se marche antes de que Milton vuelva en sí.

—¡Como quieras! —dije y ahora era yo quien estaba furioso—. Adiós, señor Uris.

—Buena suerte, muchacho.

Salí de la tienda y volví al «Buick».

Cuando salí de la ciudad, estuve tentado de detenerme para quitarme el polvo de los zapatos, pero pensé que eso me demoraría y yo quería alejarme de Brandonville cuanto antes.

Dos horas más tarde llegaba a Glocester. Me detuve en un bar y ocupé una mesa pidiendo un *whisky*.

En un rincón, una vitrola automática, desparramaba las notas de una pieza. Un muchacho y una chica bailaban contorsionándose mucho.

Despaché cuatro *whiskys* mientras observaba su baile.

Me alojé en el hotel Michigan. Después de tomar el baño encendí un cigarrillo, y me tendí en la cama. Hacía calor aquella noche.

De pronto me encontré pensando en Laurie Wren y arrojé el cigarrillo contra la pared.

¡Al infierno todo!

Al cabo de un rato logré conciliar el sueño.

No sé cuánto tiempo transcurrió. De pronto me desperté al oír un ruido.

—¿Quién anda ahí? —dije.

—Kenny... —dijo una voz.

Era Kitty.

CAPÍTULO XI

Fumábamos cigarrillos.

Kitty me puso una mano en la rodilla.

—Kenny...

—¿Sí?

—Fuiste un tonto al marcharte.

—Ya está hecho.

—Tienes que volver.

—No, pequeña.

—¿Por qué no?

—He de seguir mi vida. El lunes le he de soltar una conferencia a los socios de Glocester y el miércoles será en otra ciudad más al norte.

—¿Qué ganas con eso?

—Sesenta y tres dólares por actuación.

—Una miseria.

—Para mí es un buen dinero. He ahorrado unos cuantos miles desde que me dedico a esto.

Se dobló hacia mi lado apoyando el codo en el almohadón.

—¿No soy yo mejor que todo lo que puedas encontrar por ahí, Kenny?

—Sí, dulzura. Eres una mujer muy hermosa.

—Eso ya lo dijiste cuando nos conocimos.

—Es cierto.

—Fuiste también un tonto entonces.

—Resultó mucho mejor para ti. Ahora eres la señora Simpson.

—¿Crees que eso ha colmado mis ambiciones?

—Naturalmente que sí, nena. Ya lo dije en tu casa.

—Te equivocas por completo. Estoy casada con un millonario

pero ¿qué es lo que soy? Una pueblerina.

—La mujer más importante de Brandonville.

—Eso no me importa a mí un comino. Me gusta la gran ciudad, Chicago, Nueva York, Los Ángeles... y pasar mis vacaciones en el Valle del Sol, en el lago Tahoe, Florida...

—Pídeselo a tu marido. Ya verás cómo te lleva.

—No le gusta el exhibicionismo, ¿qué te parece? Está, podrido de dinero y sólo piensa en trabajar.

—Un hombre muy consecuente.

—Lo odio.

—No digas eso.

—Sí, lo odio. Si tú supieras... Es un viejo.

—Tú lo elegiste.

—Pero ¿por qué lo hice?

—Por su dinero, naturalmente, pero ya que él te da tantas cosas, debes compensarlo de la mejor forma. Y eso me recuerda que no deberías haber venido aquí.

—¿Estás arrepentido? —sonrió.

—Un poco. Anda, márchate antes de que me arrepienta más.

—No me iré... Ya te advertí que él se había largado a Chicago.

—Pero en la casa hay unos criados y también en el pueblo se darán cuenta de tu ausencia.

—No te preocupes por eso. Lo dejé arreglado.

—¿Cuál fue la disculpa?

—Dije que una amiga se había puesto repentinamente enferma. No precisé dónde tenía que ir. Sólo hice la advertencia de que estaría de vuelta el lunes.

—Te lo has preparado todo muy bien, pero yo no quiero tenerte aquí.

—No seas chiquillo.

Encendí otro cigarrillo con la punta del que fumaba.

—Kenny —me llamó otra vez.

No dije nada y ella se me echó encima besándome en la oreja.

Luego me quitó el cigarrillo de los labios y lo arrojó al suelo.

—¿Cómo entraste en el hotel? —pregunté.

—El dinero todo lo puede.

—¿Y cómo sabías que estaba en este hotel?

—Vi tu coche.

—Eres muy lista.

—No te equivocas, Kenny. Soy muy lista y puedo demostrártelo.

—¿De qué forma?

—He pensado mucho en nosotros, en ti y en mí.

Sus ojos brillaron intensamente.

—¿Qué quieres decir, Kitty?

—Ahora no podemos separarnos. Tengo un plan.

—¿Cuál?

Respiró profundamente.

—Mataremos a mi marido.

Me quedé inmóvil. No sentí nada. Quizá no lo había oído bien.

—¿Qué es lo que dices, Kitty?

—Te lo diré de otra forma. Quitaremos de en medio a Wade.

—Wade es tu esposo, Wade Simpson.

—Sí.

—Y tú quieres que lo liquidemos para quedamos con todo su dinero.

—Eres maravilloso —rió ella y se echó sobre mí para besarme.

Me levanté bruscamente tomándola de las muñecas.

—¿Es que te has vuelto loca, Kitty?

—Resultará la mar de sencillo.

—Sí, debes estarlo. Y lo más probable es que nunca hayas pensado cuerdamente.

—¿Sabes en cuánto está valorada su fortuna? En cincuenta y dos millones de dólares. ¿Lo has oído bien? Cincuenta y dos millones.

—Enhorabuena, señora Simpson. Usted está casada con un hombre que tiene cincuenta millones. Espere a que se muera y será una acaudalada viuda.

—No esperaré. Wade tiene una salud de hierro. Puede vivir veinte o treinta años más.

—Veinte o treinta años que usted disfrutará, señora Simpson, porque tendrá dinero para pagar todos sus caprichos.

—Deja ya de decir idioteces, Kenny.

—Eres tú quien las dice, Kitty. Di que me estabas gastando una broma. Anda, dilo —la zarandéé.

—¡Me estás haciendo daño!...

La dejé libre propinándole un empellón.

Volvió bruscamente la cabeza. Su cabello le cayó por un ojo.

Estaba muy atractiva así.

—Estúpido. Te estoy ofreciendo una fortuna.

—Y yo la rechazo.

—Tendrás a una mujer bonita y cincuenta y dos millones.

—No voy a tener nada.

Rió con sarcasmo.

—Claro que no, tú no necesitas nada. Tienes mucho dinero, sesenta y tres dólares por conferencia.

—Sí, y también tengo bonitas mujeres que se me meten en el departamento. ¿Qué más puedo pedir?

—Está bien, insúltame ahora...

—Lo siento, Kitty. Yo también estoy un poco nervioso. Pongamos punto final.

—Se lo pondremos cuando nos hayamos desembarazado de Wade.

—Sigues pensando en eso, ¿en?

—Lo pensé desde el primer momento.

—¿Cuándo?

—Cuando accedí a ser su mujer.

Hube de contener mi furia.

—De modo que, cuando consentiste en ser su esposa ya pensabas en liquidarlo.

—¡Sí, maldita sea!

—Qué buena chica eres.

Acudió otra vez a mi lado.

—Seré buena para ti...

—Apártate.

—Te daré todo, Kenny. Seré la mejor esposa de todas... Estarás orgulloso de mí, te lo juro... Te seré fiel.

Sonreía irónico.

—Ya sé el concepto que tienes de la fidelidad y de otras cosas. Anda, vuelve a tu casa. Cuando estés allí, te darás cuenta de cuál ha sido tu monstruosidad.

De pronto me abofeteó la cara.

Fue a intentarlo otra vez y la aferré por la muñeca.

—¿Es que quieres que te arroje de mi habitación?

—Eres un idiota, Kenny. ¿Todavía no lo has comprendido? Yo fui quien te traje a la ciudad, yo, la presidente del Club Femenino.

También lo tenía pensado. Imaginé que continuarías con tus conferencias. Tuve que emplear a un detective para que investigara hasta dar con tu patrón. Te hubiese llamado al día siguiente de casarme pero no lo hice porque tenía que dejar transcurrir un plazo de tiempo. ¡He estado contando los días, las semanas y los meses! ¿Lo oyes bien, Kenny Dexter?

—Te equivocaste de hombre, nena.

—¡No me equivoqué! ¡Tú has de hacerlo!

—Yo no te pedí que vinieses, pero no te preocupes. No volverá a ocurrir.

—Quiero que siga ocurriendo, Kenny. ¡Te quiero a ti! ¿Lo entiendes? ¡Te quiero!

—No, dulzura. Tú no me quieres a mí ni a nadie... Sólo te quieres a ti misma.

Hizo un gesto de fiereza.

—Te obligaré, Kenny.

—¿De qué modo, nena?

—Diré que me trajiste aquí.

Le sonreí.

—Anda, dilo. ¿Crees que eso me va a perjudicar? No volveré a Brandonville en toda mi vida pero ten cuidado, dulzura. Es posible que tu marido sea un ingenuo pero a lo mejor no te cree.

—Eres un canalla.

Yo era un canalla. ¿Qué podría decir de ella?

No tuve tiempo para pensarlo porque se abalanzó sobre mí descargándome el puño en la cara.

Al tratar de burlarla, los dos rodamos por el suelo.

Era la segunda pelea que sosteníamos desde que nos conocimos.

Me arañó el cuello, intentó sacarme los ojos con las uñas y me pegó unos cuantos rodillazos en el estómago y en el hígado. Finalmente me cansé de recibir y le pegué un puñetazo en el maxilar inferior.

Rodó por encima de mí y quedó boca arriba en el suelo.

Fui al cuarto de baño y después de limpiarme la sangre que resbalaba por mi piel mojé una toalla y regresé al dormitorio. Kitty seguía sin sentido.

Me agaché sobre ella y le mojé la cara.

Empezó a incorporarse poco a poco.

—¡Quítame la zarpa! ¡No quiero que me toques!

Se puso en pie y se metió en el cuarto de baño.

Al cabo de un rato salió.

—Me das lástima.

—Tú a mí también, de modo que estamos a la par.

Movió la cabeza y volvió a sonreír. Eso me alegró. Su sonrisa en aquellas circunstancias era un sedante.

—Está bien, gran muchacho. Olvídalo. Seguiré siendo la señora Simpson.

—Eso está bien.

—Y tendré que esperar a que se muera...

—Es lo que te conviene.

Cogió de una silla el bolso de aseo y caminó hacia la puerta. Lo hizo con la naturalidad que ella poseía, contoneando las caderas.

Antes de poner la mano en el tirador, giró la cabeza.

—Te contrataremos para el próximo año.

—No hagas eso, Kitty.

—Serás bien recibido, no te preocupes.

—Es mejor para los dos que no nos volvamos a ver.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro de ello.

Hubo un silencio, y finalmente ella concedió moviendo la cabeza.

—Como quieras, Kenny. De todas formas, tendré un buen recuerdo de ti.

—Gracias, buena suerte.

Y entonces salió de la habitación.

CAPÍTULO XII

Después de Gloucester continué mi ruta hacia el Norte visitando otras cinco ciudades.

Ya habían pasado diez días desde que pronuncié mi conferencia en Brandonville.

Aquella mañana en Packeville había recibido un telegrama de Bill Jordan pidiéndome que le llamase por teléfono.

Primero almorcé y luego me metí en la cabina telefónica. Al cabo de un rato oí la voz de Bill.

—¿Cómo, te va, muchacho? —preguntó.

—Bastante bien.

—Tengo grandes noticias para ti.

—Suéltalas.

—He contratado veinte conferencias en Florida para, el próximo mes. En cuanto acabes aquí, te pasarás por Nueva York e inmediatamente has de ponerte en camino.

—Quería descansar después de esta turné.

—Al diablo con eso. Ya tendrás tiempo de hacerlo en Florida. Además, te he subido a setenta.

Si me pagaba setenta dólares era porque a él le quedaba un buen beneficio.

—Está bien, Bill. La próxima semana me tendrás ahí.

—Buena suerte, chico.

Salí de la cabina y, mientras pagaba el importe del almuerzo, oí una conversación entre el mozo y uno de los clientes que leía un diario.

—Infiernos, esa mujer es una fulana con suerte. Simpson era multimillonario.

Sentí un ligero escalofrío por la espalda. Instintivamente alargué

la mano y atrapé el diario que aquel desconocido sostenía.

—Eh, usted —empezó a protestar.

Los titulares estaban delante de mis ojos. «Wade Simpson, asesinado por su secretaria».

No; aquello no podía ser cierto y, sin embargo, allí estaba la fotografía de Laurie con el pie abajo. «Laurie Wren hizo dos disparos con una pistola calibre 38 sobre su jefe, matándolo instantáneamente».

Según el diario, el suceso había ocurrido la noche anterior, exactamente a las ocho y veinticinco, cuando la señora Simpson se encontraba en una reunión del Club Femenino que presidía. Un criado había abierto la puerta a Laurie Wren, quien había sido citada por el señor Simpson. Luego el mismo criado, Oliver Cook, oyó dos disparos procedentes de la biblioteca, donde se encontraban el señor Simpson y Laurie. Oliver corrió a la biblioteca y cuando abrió se encontró con que su amo estaba sentado tras la mesa del despacho, echado sobre ésta, con dos orificios de bala en la cabeza. Una de las ventanas estaba abierta y se suponía que por ella había huido la señorita Wren. Sobre la alfombra había una pistola en la que la policía había descubierto las huellas de Laurie.

La policía local no había encontrado rastro de Laurie Wren. Se había dado aviso a las patrullas ya que se suponía que la joven había huido después del crimen.

Arrojé el diario sobre el mostrador mientras el tipo seguía protestando.

—Pero ¿quién se cree que es?

No tenía tiempo para darle explicaciones. Minutos más tarde corría en el «Buick» hacia Brandonville, a trescientas millas del lugar que me encontraba.

Sólo me detuve para llenar el tanque de gasolina.

Eran poco más de las cinco de la tarde cuando detuve el coche frente a la herboristería de Ronald Uris.

Salté del coche con la chaqueta al brazo y penetré en el establecimiento. Ronald Uris estaba detrás del mostrador leyendo el diario local y alzó los ojos.

—Ah, ¿es usted?

No dije nada. Sólo saqué un cigarrillo y lo encendí.

—No creí una palabra de eso, Ronald —dije al fin.

—Yo tampoco. ¿Qué motivo iba a tener Laurie para matar a Simpson?

—¿Sigue sin aparecer?

—Eso es lo malo, que se ha esfumado como si se la hubiese tragado la tierra.

Lo miré fijamente a los ojos.

—¿No me engaña, Ronald?

—¿Qué es lo que piensa?

—Sinceramente, que usted le había dado refugio y, palabra que me gustaría. Necesito hablar inmediatamente con ella.

Movió la cabeza en sentido negativo.

—Lo siento, Kenny, pero no he visto a Laurie. Para ser exactos, ella y yo hablamos el día anterior aquí mismo. Era más o menos esta hora.

—¿Cuál fue el tema de la conversación? —pregunté.

—Usted.

—No me interesa lo que hablasen de mí, sino lo que tuviese una relación con los Simpson.

—No hablamos para nada de los Simpson.

—Oiga, Ronald, tengo verdadero empeño en sacar del apuro a Laurie. Esa chica me interesó desde el principio pero las cosas no rodaron bien para ninguno de los dos.

—Le doy mi palabra que estoy tan desconcertado como usted. Es como si estuviese viviendo una pesadilla.

Di unos pasos por la estancia. Finalmente me detuve mirando al abuelo.

—Quiero que me conteste con sinceridad.

—Está prometido.

—¿Qué relación había entre Laurie y el señor Simpson?

—No debe dudar de Laurie.

—Quiero ser realista. Conteste a mi pregunta.

—Entre el señor Simpson y Laurie no existía absolutamente nada, a no ser la relación normal entre un patrón y su empleada.

—¿Era costumbre en Laurie el ir de noche, después de las horas de trabajo, a casa del señor Simpson?

—No, no era costumbre. Excepcionalmente, iba allí cuando él se lo pedía. Ocurría un par de veces a la semana.

—Usted me responde por ella pero ¿y por él?

—No sé lo que quiere decir.

—Está claro. Quiero decir si el señor Simpson pudo estar enamorado de Laurie.

—En absoluto. Él estaba loco por su mujer. Siempre pensé que esa Kitty no era la dama que un Simpson necesitaba, pero él se encandiló por ella...

—¿Qué me dice de Oliver Cook?

—¿El criado? No lo he tratado. Es un tipo demasiado fino para estos andurriales.

—¿Cuánto tiempo lleva en la casa?

—Tres años.

—¿De dónde vino?

—Lo ignoro.

Di una larga chupada al cigarrillo.

—¿Qué me puede decir de la policía local?

—El teniente Eddie Neagle me parece un tipo honrado aunque no podría decir lo mismo del sargento.

—¿Quién es el sargento?

—Sven Simos.

—¿Por qué no confía en él?

Uris movió la mano en el aire.

—A veces, ha hecho cosas raras.

—¿Por qué lo han mantenido en el cuerpo?

—Era muy amigo de Wade Simpson.

—¿Ha hablado usted con alguno de los socios del club femenino?

—Sé por dónde va. Usted quiere saber si la señora Simpson estaba realmente en la reunión cuando ocurrió el crimen.

—Exactamente.

—Puede descansar a ese respecto. Está fuera de toda duda que la señora Simpson presidía una reunión del comité femenino.

—¿A qué hora se reunieron?

—A las siete, como siempre. Y terminaron a las nueve. Como sabe, los disparos, según Oliver Cook, fueron hechos a las ocho y veinticinco.

—Todo estará bien si efectivamente el criado oyó los disparos a esa hora, o mejor dicho si vio a Wade vivo un poco antes.

—Lo vio vivo.

—No lo leí en el diario.

—Los periodistas no lo pudieron meter todo en la primera edición porque tenían prisa. Ésa es la explicación que han dado. Lo cierto es que Oliver llevó a Simpson un vaso de leche y galletas a las ocho en punto, conforme a su costumbre.

—¿Estaba ya allí Laurie?

—No.

—¿A qué hora llegó ella?

—A las ocho y diez.

—Siempre de acuerdo con la declaración de Oliver Coock. ¿No es así?

—Desde luego.

—Gracias por todo, Ronald.

—¿A dónde va?

—Quiero hablar con la señora Simpson.

—Quizá no pueda. Está muy consternada tras la muerte de su marido.

Estuve a punto de soltar una carcajada pero lo dejé para otro momento.

Monté otra vez en el «Buick» y me dirigí a la mansión de los Simpson.

No tuve ninguna dificultad en llegar hasta el pie de la escalinata. Allí había muchos coches.

Tomando el sol en el jardín, vi unas docenas de personas.

Entré en la casa cuya puerta estaba abierta. Un criar de me salió al encuentro, el mismo que me había acompañado la primera vez que estuve allí.

—¿Eres tú Oliver Coock? —Le disparé antes de que abriese la boca.

—No, señor. Mi nombre es Alan Lamour.

—Muy bien, Alan. Deseo ver a la señora.

—La señora no puede recibirlo ahora. Acaba de hablar con la policía y con los periodistas. Se ha retirado a su habitación un poco cansada.

—Sube a verla y dile que aquí está Kenny Dexter.

—Lo siento.

—Anda y ve, si no quieres que suba yo.

Leyó la decisión en mis ojos y, haciendo una ligera inclinación,

se marchó hacia la escalera central por donde subió.

Encendí un cigarrillo. La puerta de la biblioteca estaba abierta y por el hueco escapaban voces. Un tipo decía:

—¿Dónde se ha podido meter esa muchacha, teniente?

—No lo sé.

—Eso quiere decir claramente que ella había pensado en todo.

—Usted quiere decir que el crimen había sido planeado por Laurie Wren —dijo el teniente.

—Todo parece indicarlo así. La señorita Wren llegó aquí a las ocho y diez y los disparos fueron hechos a las ocho y veinticinco, justamente cuando el señor Simpson se encontraba en compañía de su secretaria particular. El criado entró y no la vio a ella. La ventana se hallaba abierta. A todo eso, añada la pistola con las huellas de la joven.

Cerré los ojos. Sí, todo estaba en contra de Laurie. ¿Quién podía dudar que era culpable?

—Muy bien, señor Wilcox —dijo el teniente—. Ya hemos dado orden general para que sea aprehendida. Esperamos los resultados.

En eso vi descender al criado, quien se acercó a mí muy ceremonioso.

—La señora Simpson me encarga le transmita su agradecimiento por haber venido a darle el pésame y espera verlo en el funeral que se celebrará mañana.

—¿Cómo?

—Eso es todo, señor Dexter.

—Muy bien. Yo iré a verla.

—Oh, no, señor Dexter. Usted no puede hacer eso.

—¿Quién dice que no?

En aquel instante nos llegó la voz del hombre que había oído hablar con el teniente en la biblioteca.

—¿Qué pasa, Adams?

Frisaba en los cuarenta y cinco años y parecía muy circunspecto. Vestía un traje impecable, de la mejor calidad. A su lado había otro tipo robusto, fuerte, de cara muy seria. Tenía todo el aspecto de un policía rural.

El criado dijo:

—El señor Dexter quiere ver a la señora Simpson, señor Wilcox. He transmitido su mensaje pero la señora Simpson no lo puede

recibir.

Wilcox se vino hacia mí sonriendo.

—Soy el abogado de la familia Simpson, señor Dexter. ¿Puedo hacer algo por usted?

Tenía la partida perdida al menos de momento.

—Sólo quería dar mi pésame a la señora.

—Es usted muy amable.

El teniente me estaba mirando con fijeza y ahora preguntó:

—¿No es usted el conferenciante que vino hace un par de semanas a Brandonville?

—Sí.

—El agente Huck Fletcher me dijo que usted había hecho amistad con la señorita Laurie Wren.

—El agente Fletcher contó la verdad.

—¿Tiene usted idea del lugar en que se pueda encontrar la señorita Wren en estos momentos, señor Dexter?

—En absoluto.

Esperé una nueva pregunta pero no se produjo y entonces abandoné la casa.

De regreso a Brandonville, me di a todos los diablos.

CAPÍTULO XIII

Otra vez estaba en el hotel Kingston. Había fumado un cigarrillo tras otro hasta agotar el paquete. Ahora eran las diez de la noche.

Descolgué el auricular y pedí a la telefonista que me pusiese en comunicación con la señora Simpson.

Al cabo de un rato oí una voz.

—¿Quién llama?

—Kenny Dexter. Deseo hablar con la señora Simpson.

—Lo siento, señor Dexter...

—Sé lo que me va a decir, pero insista acerca de la señora. Díglele el nombre de la persona que le llama.

Transcurridos un par de minutos me llegó otra vez su respuesta.

—La señora Simpson no puede atenderle.

Colgué rabioso.

Dejé transcurrir como cosa de media hora y salí del hotel.

Bebí un par de *whiskys* en un bar y compré cigarrillos. Luego salí a la calle y me encaminé hacia la casa de la señora Simpson. No; no utilicé el coche. Fui andando, amparándome en la oscuridad.

Cuando llegué cerca de la casa comprobé que solamente estaba iluminada una ventana del piso alto.

Avancé por entre los setos del jardín dando un rodeo y luego tuve que correr agachado cuando llegué al césped. Finalmente me encontré junto a la casa. Tanteé unas cuantas ventanas. Todas estaban cerradas. Saqué una navaja y poniendo mucho cuidado hice saltar los goznes.

La madera crujió y tuve que esperar un rato para cerciorarme de que todo seguía tranquilo. Luego me colé en la casa.

Crucé una habitación. Él vestíbulo estaba a oscuras. Fui hacia la escalera y ascendí rápida y silenciosamente. Una vez arriba, vi la

raya de luz que se filtraba por una puerta. Me dirigí a ella y abrí de golpe pasando al interior.

Kitty se hallaba sentada en el lecho y sobre su regazo había una caja de bombones. Tenía la boca llena y justo en ese momento se chupaba un dedo.

Al oír el ruido se había sobresaltado y tenía los ojos muy abiertos fijos en mí.

—Buenas noches, viudita.

Pasado el primer momento de sorpresa, terminó de chupar el dedo y, sin inmutarse, me invitó señalando el estuchito de bombones.

—¿Quieres?

—No, gracias.

—Son buenos. Están elaborados en una de las fábricas de los Simpson.

—Una de las fábricas que ahora van a ser tuyas.

—Puedo regalarte un saco de cemento si alguna vez decides construir tu propia casa.

Avancé hacia la cama.

—Eres muy generosa.

—También seré la mayor exportadora de maíz de la comarca, aunque me imagino que el maíz no te gustará mucho.

Me dejé caer en el borde del lecho y la atrapé por la muñeca dando un tirón de ella.

—¡Ya basta, Kitty!

Cerró y abrió los ojos parpadeante.

—¿Qué te pasa, profesor?

—¿Cómo lo hiciste, Kitty?

—¿Cómo hice el qué?

—Tú lo mataste.

—¡Kenny!

Arrimé mi cara a la de ella.

—Déjate de hacerte la inocente conmigo, Kitty. Te conozco bien.

—Pero querido... Si yo no estaba aquí cuando ocurrió.

—Ya lo sé. Te encontrabas en una reunión del comité femenino.

—Exactamente.

—No lo creo.

Se puso a reír.

—Eres la mar de divertido, querido. Me vieron media docena de personas. Estuvimos juntas de siete a nueve, y mi marido murió a las ocho y veinticinco.

Sacudí la cabeza de derecha a izquierda.

—No, Kitty. No te puedo creer, a pesar de todo. Ignoro cómo lo habrás hecho, pero voy a investigar hasta lo más profundo para lograr la verdad.

Frunció el entrecejo.

—No te comprendo, Kenny. ¿Qué interés tienes?

—No le cargarás este crimen a una persona inocente.

Sus ojos se entrecerraron sin dejar de observarme.

—Empiezo a comprender... —Se echó a reír—. Estás interesado por Laurie... Claro que sí. Me dijeron que tú y ella os habíais conocido. Qué tonta he sido. ¿Cómo no me di cuenta cuando Laurie nos sorprendió besándonos aquella noche?

—Calla.

Siguió riendo.

—Es maravilloso, querido.

—¡He dicho que calles! —La zarandé.

Se interrumpió mirándome con asombro.

—No es posible... Tú enamorado de una mujer como Laurie.

—¿Qué inconveniente encuentras?

Su rostro se endureció y sus labios dibujaron una mueca.

—¿Es posible que la hubieses preferido a mí?

—Te parece increíble, ¿verdad, Kitty? Tú eres más hermosa que ella y no puedes concebir que ningún hombre te deje por otra.

—No lo concibo si tenemos en cuenta que yo te aportaba una propina de cincuenta y dos millones de dólares.

—¿Para quién va a ser ahora la propina?

—Para mí.

—Tiene que haber un hombre... ¿Oliver Cooch...?

—Kenny, por favor... Oliver tiene cincuenta años y es demasiado feo y barrigudo.

—Sin embargo, lo has tenido que comprar.

—Qué estupidez.

—Es tu testigo y él sólo ha dicho falsedades.

—Me haces reír, profesor. Como hombre serio resultabas atractivo. Como enamorado, eres una ruina.

—¿O se trata de Wilcox, el abogado de la familia Simpson? No me gustó su fachada. Tiene pinta de hipócrita. Es él, ¿verdad? Le hiciste ocupar mi lugar. Wilcox da la medida del tipo que se volvería loco por ti y por los cincuenta y dos millones de dólares. Sí; él sería capaz de matar a quien fuese por alzarse con la bolsa, incluyéndote a ti.

—Yo diría que has bebido demasiado.

—Escúchame bien, Kitty —arrimé mi cara otra vez a la de ella —. Sé que Laurie Wren no lo hizo.

—¿Qué me dices de sus huellas en la pistola...? ¿Por qué ha huido?

—Déjate de cinismos, Kitty. ¿O es que me vas a negar que fuiste a visitarme al hotel de Gloucester y me propusiste matar a tu marido?

—Fue una locura.

—¿Qué dices?

—Me advertiste que cuando estuviste de regreso en mi casa me daría cuenta de mi monstruosidad... Fue lo que ocurrió.

Sus pupilas chispeaban.

—A mí no me podrías engañar, Kitty.

—¿Admites que todo el mundo puede arrepentirse menos yo?

—Tú lo acabas de decir. No puedes saber lo que es eso. No lo has sabido nunca. Para ti sólo ha contado el dinero sin importarte la forma de conseguirlo.

Empezó a bostezar y se cubrió la boca con la mano.

—Querido, la noche y el día han sido una dura prueba para mí... Estoy muy cansada.

—Kitty, por última vez, dime lo que realmente ha pasado... Trataré de ayudarte.

—No necesito tu ayuda. Ahora tengo a mi disposición abogados y policías... Imagínate si cincuenta y dos millones de dólares dan para comprar la gente que una necesita.

—Comprar. ¿Es eso todo lo que se te ocurre? ¿Crees que lo puedes comprar todo?...

—Por favor, Kenny. Te veré mañana en el funeral. Se celebra a las nueve, ¿sabes? En el panteón de la familia. Qué cosa más triste.

La aferré por el cuello.

Sentí deseos de apretar y quizá se me fue un poco la mano

porque la cara de ella empezó a enrojecer.

—Kitty... Confiesa.

—¡Maldito seas, suéltame o me pongo a gritar!

La dejó libre y ella se acarició la garganta.

—¡Lárgate de aquí, hijo de perra!

—Ya me voy, Kitty.

—¡No quiero verte más! Ahora te lo puedo decir claro. Eres un miserable, ¿lo entiendes? No me gusta ni tu olor.

—¿Dónde está Oliver Coock?

—¿Qué dices?

—Quiero hablar con el criado que abrió a Laurie, que oyó los disparos y que encontró la ventana abierta...

—Te lo prohíbo.

—Tú no puedes prohibirme nada.

—Pareces olvidar que soy la dueña de la casa.

—¿Qué pasaría si contase a la policía tu pasado, Kitty?

—Que se reirían de ti.

—Podrían comprobar algunas cosas.

—No, querido.

—Por ejemplo, que estuviste un par de veces en la cárcel.

—Entérate de una vez, estúpido. Después de casarme con Simpson le conté algo de mi historia, y él gastó un poco de dinero para que no quedase ningún prontuario mío en ninguna parte. ¿Lo entiendes? Ahora no existe ningún antecedente... Además, aunque lo hubiese habido, tampoco podrías hacer nada. El pasado de una mujer pobre no importa nada cuando en el presente ella tiene una fortuna como la mía. Anda, pregónalo y mi abogado te meterá en la cárcel por libelo.

Lo había pensado todo, hasta el más mínimo detalle. Kitty había organizado un complot y la primera víctima había sido su propio marido. La segunda era Laurie. De rechazo había una tercera víctima, yo mismo.

Nada iba a conseguir de ella, de modo que eché a andar hacia la puerta.

—Por favor, Kenny —dijo—. Ten cuidado al cerrar. Tengo un poco de jaqueca.

Cerré suavemente, no por su jaqueca, sino porque no quería hacer ruido.

Poco después salía por la ventana que había utilizado para entrar.

CAPÍTULO XIV

La señora Simpson exhibía un modelo de viuda cara.

Estaba lloviendo y un criado la cubría con un paraguas.

Detrás de Kitty había no sé cuantos tipos también muy enlutados. Según me había explicado Ronald Uris, eran parientes de Wade.

—El que sostiene el paraguas es Oliver Coock —me dijo Uris.

No me pareció tan barrigudo ni tan feo como había dicho Kitty. Efectivamente, podía ser un hombre de cincuenta años, pero se conservaba bien y poseía un rostro que parecía de arcilla.

El teniente Eddie Neagle y el sargento Sven Simes, quien me fue también señalado por Ronald Uris, estaban al otro lado del hoyo.

Sven Simes era un tipo de mediana estatura, de nariz retorcida y boca de labios sensuales.

Casi toda la ciudad de Brandonville había querido acompañar los restos de Wade Simpson a su última morada.

El acto se acabó y todos se desperdigaron en busca de los coches.

La viuda de Simpson se largó en un hermoso «Cadillac», en compañía del abogado Wilcox y de alguno de los parientes llegados para asistir a las exequias.

Oliver Coock, con dos criados, se dirigió a otro coche. Salí al encuentro del supuesto testigo.

—Hola, Oliver.

El criado me miró con el ceño fruncido.

—No le conozco a usted.

—No soy ningún periodista.

—¿Quién es?

—Kenny Dexter.

—Oh, sí, Alan me ha hablado de usted. Celebro conocerle, señor Dexter. Ahora no puedo entretenerme. Hasta la vista, señor Dexter.

Todo lo dijo muy aprisa y, también muy aprisa, quiso sortearme para llegar al coche donde lo esperaban los otros dos criados, pero le interrumpí el camino poniéndole una mano en el pecho.

—Espere, Oliver.

—Nos estamos mojando, señor Dexter.

—Tiene un paraguas en la mano, Oliver, ¿o es que está tan distraído que no lo recuerda?

Empezó a enrojecer y con gesto nervioso abrió el paraguas pero no lo alargó para darme cobijo. Sin duda pensó que si me mojaba terminaría más pronto.

—Ahora, cuénteme, Oliver.

—¿Qué es lo que le tengo que contar?

—La verdad.

—No le comprendo.

—Sabe perfectamente a lo que me refiero. La verdad del crimen. Sus ojos centellearon de cólera.

—Puede comprar «El Centinela de Brandonville» correspondiente al día de ayer. Los periodistas dijeron lo que yo les había contado.

—A mí no me importa lo que contaste a los periodistas, sino lo que realmente pasó.

—¿Cómo se atreve a dudar de mi palabra?

—Sí. Oliver. Dudo mucho de tu palabra porque estoy seguro de que Laurie Wren no fue anoche a casa de tu patrón.

—¿Qué dice? Está loco. Yo mismo le abrí.

—Falso, pero sigamos.

—No hablaré con usted un segundo más.

Le atrapé la muñeca con la que sostenía el paraguas y le apreté fuerte el hueso. Estaba seguro de que le estaba haciendo daño pero él no lo reflejó en su semblante.



Le machaque la mandibula

- ¿Quién visitó anoche al señor Simpson?
—La señorita Wren.
—No sirve, Oliver. Dime otro nombre.
—No hubo ningún otro visitante.
—Sí lo hubo, Oliver. ¿Quién fue?
—Nadie.
—Estás mintiendo, Oliver. Naturalmente, te han pagado para

que guardes silencio pero eso no te va a servir de nada. Hasta es posible que tú lo matases.

—No.

—Si tú no lo hiciste, eres un cómplice del asesinato y también para ti habrá un castigo.

Le seguía sujetando por la mano y sentí cómo se estremecía y cómo su pulso se aceleraba.

—Déjeme en paz, señor Dexter —dijo.

—Va a ser por muy poco tiempo, Oliver.

De pronto oí una voz a mis espaldas.

—¿Ocurre algo, señor Dexter?

Era el teniente Neagle. A su lado estaba el sargento Sven Simes.

Dejé libre a Oliver, quien después de balbucear unas palabras se dirigió al coche donde lo esperaban sus amigos.

El teniente carraspeó.

—¿Qué es lo que ha venido a buscar usted a Brandonville, señor Dexter?

—A Laurie Wren.

—Me temo que cuando la encuentre no podrá estar mucho tiempo con ella.

—¿Usted cree?

—Los culpables de asesinato no pueden andar sueltos por la calle.

—Habla bien, teniente. Sólo que en este caso, la culpable del asesinato de Wade Simpson no es Laurie Wren.

Hubo un silencio entre nosotros. El sargento Simes me miraba fijamente. Ahora que lo tenía más cerca observé mejor su cara.

—Parece estar usted muy seguro de la inocencia de la señorita Wren —dijo Neagle.

—Lo estoy, teniente.

El sargento carraspeó.

—Me imagino que tendrá pruebas.

—No, sargento. No tengo ninguna prueba.

Rió desagradablemente.

—Le comprendemos bien, señor Dexter. Usted está interesado en la chica y necesita a toda costa que ella sea inocente. Nos hacemos cargo de cuáles son sus sentimientos pero, desgraciadamente, eso no nos sirve.

Miré a Neagle para saber cuál era su respuesta pero lo que dijo fue:

—Vamos, sargento. Hemos de regresar a la ciudad —movió la cabeza hacia mí a guisa de saludo, y ambos se marcharon.

Ronald Uris me colocó el paraguas encima.

El abuelo y yo éramos las únicas personas que habíamos quedado en el cementerio.

—¿Ha logrado saber algo de Oliver? —preguntó.

—Nada.

Fuimos a mi coche y nos llegamos a su almacén de herboristería. En la calle seguía lloviendo.

Uris sacó una botella de *whisky* y dos vasos.

—Ande, beba. Hace un día frío. Le reanimará.

Bebí un trago que me calentó la sangre.

—No sé por dónde continuar —dije mientras paseaba por la habitación—. Kitty tiene la clave del problema, pero se dejará partir el cuello antes de decir una sola palabra. Sólo existe un camino, Ronald.

—¿Cuál?

—Oliver. Si es preciso, le quebraré las costillas hasta hacerlo confesar. Ese hombre está en posesión de la verdad.

Oímos pasos junto a la puerta y entró en el local Milton Tolliver. Al verme, en sus ojos hubo un relampagueo.

—¿Usted otra vez aquí?

—Sí, aquí me tiene, Milton.

Cerró y abrió el puño derecho.

—Celebro que haya venido. No acabamos aquella pelea.

—Yo creo que sí. Lo tumbé a usted.

Hizo una mueca de rabia.

—Espéreme ahora.

Ronald saltó entre nosotros alargando los brazos para mantenemos alejados.

—Ya se acabó, muchachos. Ésta es mi casa.

—Vamos, salga a la calle —dijo Milton.

Ronald sacudió la cabeza.

—¿Qué clase de chiquillos son ustedes? ¿Los dos piensan lo mismo respecto a Laurie Wren, que es inocente del crimen que le imputan...? Si es verdad que la quieren, deben unir sus esfuerzos

para hallarla.

Milton y yo guardamos silencio durante un rato.

—Vamos, dense la mano —dijo Ronald— y firmen una tregua. Luego, cuando haya quedado aclarado lo del asesinato, mátense si pueden.

Tomó nuestras diestras y tiró de ellas. De esa forma, casi a la fuerza, el oso y yo cambiamos un apretón.

Ronald fue por otro vaso y rellenó los tres de *whisky*. Bebimos en silencio y luego pregunté:

—¿Qué se le ocurre, Milton?

—Estoy completamente aturdido, pero es imposible que ella lo haya hecho.

—Eso mismo digo yo pero eso no nos sirve. La policía quiere pruebas... Si al menos supiésemos dónde está ella.

—Al principio pensé que se había marchado con su tía Martha a Saint Louis, pero la policía ya investigó en ese sentido y han comunicado a los de aquí que Laurie no apareció por aquella ciudad.

Me apreté las sienes.

—Oiga, escúchenme. Supongamos que, por alguna circunstancia, Laurie supo que era acusada de un crimen que no había cometido, cabe incluso que se encontrase en el despacho cuando Wade fue muerto, hasta es posible que viese al asesino. Entonces ella se asustó y saltó por la ventana... Ya sé que parece casi increíble. Sólo quiero llegar a la conclusión de que Laurie se encuentra en alguna parte de esta comarca escondida, llena de miedo, porque sabe que en cuanto aparezca la matarán sin remisión.

—La policía ya organizó batidas por toda la comarca y registraron las cuevas que hay en el monte Faldutch sin encontrar rastro de ella. —Milton hizo una pausa—. Yo temo lo peor, que haya sido muerta y enterrada por los propios asesinos.

Había pensado en ello antes, pero mi mente lo había rechazado.

Tras las lúgubres palabras de Milton se hizo otro silencio.

Decidí que nada íbamos a adelantar con nuestra conversación.

—Yo me marcho —dije.

—¿A dónde va? —inquirió Milton.

—No lo sé. Quizá me decida por ir a casa de los Simpson para sacarle a Oliver la dentadura de cuajo.

Hice un saludo a Ronald y salí de la tienda.

La calle aparecía desierta porque seguía lloviendo.

Me metí en un bar y pedí un *whisky*.

Sentí un estremecimiento al ver sentada a una mesa a una mujer a quien conocía. No estaba sola. Le acompañaba un hombre. Ella era Nora.

CAPÍTULO XV

Recorrí la distancia que había hasta la mesa y me detuve mirando fijamente la cara de la hermosa rubia.

—Hola, Nora —la saludé.

Ella alzó los ojos. También me miró el hombre que la acompañaba.

El rostro de Nora comenzó a palidecer.

—No sé quién es usted —dijo.

—Yo sí sé quién eres tú, Nora. Parece que los antiguos amigos llegamos a un acuerdo para reunimos en este pueblo.

El hombre carraspeó.

—¿Lo conoces, Nora?

Ella, tras un titubeo, dijo:

—Sí, Es Dexter, aquel tipo que se mezcló en el negocio de Carson City.

El tipo me observó con las cejas enarcadas. Estaba por los cincuenta años de edad y era enjuto, de ojos hundidos en las cuencas y mentón hendido.

—Preséntame, Nora.

—Mi marido, Douglas Adams.

—De modo que, al fin encontró el dinero para sacarlo.

Adams sonrió.

—Se equivoca, Dexter. Pasé más de dos años en la cárcel. Sólo que salí con libertad condicional por mi buena conducta.

—Qué buen chico es usted.

—No se lo puede imaginar —alargó la mano y la dejó caer sobre la de Nora—. Teniendo una esposa como la que tengo, uno no debe dejarla mucho tiempo sola. Corre el peligro de perderla.

—Doc —dijo ella con reconvención.

Ocupé una silla y los miré alternativamente.

—¿Me van a decir que prefieren la vida tranquila y decidieron llegarse a Brandonville porque era el pueblo de sus sueños?

—¿Cómo lo ha acertado? —retrucó Adams sin perder la sonrisa—. Usted lo acaba de decir. Nora y yo deseamos comprar una casita.

—En Brandonville.

—¿Tiene algún inconveniente?

—Ustedes no han venido por eso, Adams. Es Kitty quien los ha atraído.

—¿Kitty? —replicó Adams—. Ese nombre me suena. ¿No te lo he oído pronunciar a ti, Nora?

La rubia no dijo una palabra.

—¿Sabe ya ella que están ustedes aquí? —pregunté.

—Oiga, Dexter —contestó Douglas—, creo que usted no es policía ni periodista, ni siquiera un detective privado. De modo que no voy a contestar a ninguna de sus preguntas.

—Ustedes hicieron un mal negocio viniendo aquí, Adams. ¿A qué se llegaron? ¿A chantajear a Kitty?

Permaneció mudo, tal como había dicho.

Me puse en pie.

—Bien, amigos. Yo también estoy de vacaciones y me quedaré algún tiempo, hasta que solucione cierto asunto. Estoy seguro de que nos volveremos a ver.

—Váyase al infierno —dijo Douglas.

—Me da en la nariz que van a ser unos cuantos los que se marchen y, si yo hago el viaje, no estaré tan aburrido.

Me aparté de ellos y, ya en el mostrador, bebí el *whisky*. Después de abonar el importe, fui al hotel.

Me detuve en el registro. El encargado era un muchacho joven, de unos veinte años, de cabello rubio alborotado. Le di dos dólares y dije:

—Quiero saber si aquí se hospedan Douglas Adams y su esposa.

—No me suena el nombre.

De todas formas, miró el libro del registro para comprobarlo y luego negó con la cabeza.

—No, señor.

Agregué otros dos dólares.

—Quiero saber dónde se alojan y cuándo llegaron. Estaré arriba.

—Sí, señor Dexter.

Una vez en la habitación me tendí en la cama.

Como cosa de diez minutos después, sonó la campanilla del teléfono. Era el muchacho del registro.

—Dime, chico.

—Douglas Adams y su esposa se hospedan en el hotel Wyoming. Llegaron esta mañana a la ciudad.

—¿Estás seguro de eso?

—Desde luego, señor Dexter. El compañero que me informó es de absoluta confianza.

Le di las gracias y colgué.

Permanecí otro rato pensativo. Finalmente, salí de nuevo a la calle y fui al bar donde había encontrado a Nora y a su marido. Ellos ya no estaban allí. Me metí en la cabina telefónica y busqué el número de la mansión de la señora Simpson. Al criado que se puso dije:

—Oiga, aquí la policía de Brandonville. Hay un recado urgente para la señora Simpson.

Sólo tuve que esperar un minuto y luego oí la voz de Kitty.

—¿Quién habla?

—Soy yo, nena. El profesor.

—Parece que estás pasando un rato muy divertido. Al teniente Neagle le sentaría muy mal eso de que te hagas pasar por un miembro de la policía local.

—Dije a tu criado que tenía un recado urgente para ti y realmente es un servicio policíaco.

—¿De veras? Qué interesante.

—Nora está aquí.

Hubo otro silencio.

—¿Nora? —interrogó.

—La Nora que los dos conocimos... Carson City... ¿Necesitas más detalles?

—No, creo que no.

—¿Asustada?

—Un poco.

—¿Qué vas a hacer, Kitty?

—Me imagino que habrán venido por su dinero.

—Son cincuenta mil dólares.

—Supongo que los tendré que pagar.

—Claro que sí. Ahora eres una mujer rica.

—¿Dónde los has visto, Kenny?

—En un bar de la calle principal.

—¿Sabes cuándo llegaron?

—Esta mañana.

—No puedo contar con tu ayuda, ¿verdad, profesor?

—¿Has pensado también en mí para que te los quite de encima?

—Sí, era una tontería. Ya me has demostrado en un par de ocasiones que no eres un tipo con agallas.

—Enhorabuena, señora Simpson —dije y colgué.

Salí de la cabina y después de beber un *whisky* regresé a mi habitación.

Estaba encendiendo un cigarrillo junto a la ventana cuando la puerta se abrió.

Al volverme vi entrar en la habitación a un tipo enorme de casi dos metros de talla, de cabeza pequeña pero de brazos muy poderosos. El tipo cerró, y se detuvo un instante mirándome.

—Tiene que hacer la maleta —gruñó.

—¿Por qué?

—Se va del hotel.

—Estoy muy contento aquí. Dan buen servicio. No quiero cambiar de patrón.

—Se larga de la ciudad.

—No lo dirás en serio.

Empezó a moverse. Lo hizo muy aprisa teniendo en cuenta su gran peso.

Me lanzó el puño derecho a la cara y yo en ese instante le disparé la punta del cigarrillo.

Fue una suerte que le acertase en la nariz. Eso le privó de un poco de puntería y sólo me coceó la oreja, pero pareció como si me la arrancasen.

Aproveché la ventaja momentánea para percutir con los nudillos en el hígado.

Fue una tontería. Me pegó con el codo en la boca y luego, cuando me iba contra la pared, me cazó con la izquierda.

Crucé toda la habitación y entré en el cuarto de baño. Habría

tomado una ducha de haber tenido tiempo pero el tipo me siguió hasta allí.

Le atacué con la cabeza baja y él trató de cazarme en la nuca pero salté con oportunidad. Sólo me hundió un omoplato. Todas las ventajas eran suyas pero yo había estado en el Japón y él no. Me dejé caer en el suelo, lo atrapé por un tobillo y se lo retorcí. Dio resultado. El grandullón se vino abajo estrellando la boca contra el borde de la piletta. Fue el mejor golpe de mi vida.

En eso su puño me machacó la mitad de la cara.

Infiernos, el gigante seguía vivo.

Su tobillo seguía en mi poder de modo que le di otra vuelta.

Todo él giró como un tirabuzón y cuando se encontró boca abajo me soltó una cox en el plexo solar. Salí despedido hacia la otra parte.

Ambos nos pusimos en pie resoplando.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho? —pregunté.

—Ben.

—De acuerdo, Ben. Has ganado.

—Me acompañarás a las afueras de la ciudad.

—No. Te daré cincuenta machacantes y te largarás de aquí.

Hizo un gesto negativo y avanzó otra vez cerrando los puños. Nunca había visto otros tan grandes.

Lo dejé llegar tan cerca como pude y me lancé al aire levantando la pierna derecha.

Le clavé la puntera en la ingle.

Su cara quedó muy próxima a la mía y en ese momento su mano bajó chocando contra mi cráneo. Tuve la impresión de que me lo hundía.

Los dos nos desplomamos a un tiempo.

Una de sus manos me aferró por el cuello levantándome.

Le disparé la rodilla derecha logrando un impacto en su vientre.

Me soltó como si quemase y salió del cuarto de baño escupiendo sonidos incoherentes.

Yo fui tras él y lo cacé en el maxilar inferior cuando estaba en el centro de la estancia enviándolo contra la puerta.

—Espera, Ben. Voy a llamar a la policía. Apuesto que quieres saber su opinión acerca de esto.

Lo dije por decir algo. Estaba cansado.

Ben soltó un salivazo abrió bruscamente la puerta y desapareció.
Una idea cruzó por mi mente.

Regresé al cuarto de baño. Durante la refriega había oído un ruido. Allí había una pistola. Se le había caído a Ben.

La guardé en el bolsillo y salí del apartamiento limpiándome la cara con el pañuelo.

Crucé el vestíbulo como una exhalación y salí a la calle.

Había empezado a llover a cántaros.

Vi a Ben doblar por una esquina, dos cuadras a la izquierda, y fui tras él.

Dejamos atrás las últimas casas.

Ben se descolgó por una barranquera y decidí esperar escondido tras de un árbol porque no quería que me descubriese.

En el momento justo, reemprendí la carrera.

Ben pasó por un lado del torrente y de pronto desapareció.

Esperé un rato para verlo de nuevo pero eso no llegó a ocurrir. Entonces seguí su mismo camino.

Al llegar al lugar donde lo había visto por última vez, encontré un conglomerado de rocas. Me deslicé por entre ellas con precaución porque cabía la posibilidad de que Ben hubiese sabido que yo le iba a la zaga.

Esperé encontrar la entrada de una cueva pero allí no había ninguna. Nunca he creído que las personas se puedan volatilizarse pero eso parecía haber ocurrido con Ben.

Busqué en el suelo hasta encontrar las huellas de sus enormes pies. Entonces las seguí.

Me condujeron a un enjambre de arbustos que estaban pegados a la pared. Crucé por ellos y de pronto tuve delante de mí la cueva.

Miré un momento atrás comprendiendo por qué no la había visto. Los arbustos lo impedían. Observé otra vez el rastro del hombre que perseguía. Apreté la pistola y eché a andar por el angosto pasadizo.

Poco a poco me vi envuelto en la oscuridad. A pesar de mi pistola, a cualquiera le habría sido fácil eliminarme pero esperé que Ben hubiese proseguido su camino sin detenerse.

A lo lejos oí un gemido y me detuve.

Un poco más allá había un recodo y por el hueco llegaba un poco de luz.

Asomé la cabeza por el borde y observé que la cueva se ensanchaba. En la pared de enfrente, sujeta por una argolla que había incrustada en la misma, vi a Laurie Wren.

CAPÍTULO XVI

Laurie tenía la cara sucia y el vestido desgarrado a la altura del hombro y de la falda.

Sentí que la sangre me corría tumultuosa por las venas. Ella no estaba sola. La acompañaba Ben y el maldito de Oliver Coock, el criado de Kitty.

—¿Qué te pasa, Ben? —dijo Oliver—. ¿Por qué no hablas de una vez?

Ben apoyó los cuartos traseros en una piedra.

—Ese hombre...

—¿Qué hombre?

—Dexter, Kenny Dexter...

—¿Qué pasa con él?

—No pude matarlo.

—¡Maldita sea...! La señora Simpson tiene la culpa de esto. Pudimos desembarazarnos antes de ese condenado entrometido.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Ben.

Oliver se pasó una mano por la cabeza.

—No lo sé.

Laurie Wren habló desde la pared.

—Kenny Dexter me salvará —levantó la barbilla.

Tenía un arañazo en el pómulos izquierdo.

Oliver soltó una risita.

—No, pequeña. Tu héroe no llegará nunca aquí.

Infiernos, ése era el segundo exacto en que yo debía aparecer.

—Aquí me tenéis —dije.

Los dos se revolvieron, Oliver llevando la mano al bolsillo.

—Anda, enseña la pistola, Oliver —dije.

Desde luego no la sacó. Quedó inmóvil como si se hubiese

convertido en una roca más de las muchas que había por allí.

—¡Kenny! —gimió con alegría Laurie.

—Hola, Laurie. ¿Te hicieron daño?

Movió la cabeza en sentido negativo pero lo hizo muy débilmente y eso quería decir que se lo habían hecho.

—Todos llevarán su merecido, Laurie. No te preocupes.

Avancé sobre los dos hombres que me miraban. Oliver levantó una mano.

—No dispare, Dexter.

—Eso va a depender de ti, chico.

—¿Qué quiere saber?

—Ya te lo pregunté en el cementerio. Ahora te lo voy a repetir.

La verdad acerca de lo que ocurrió en casa de los Simpson.

Se mojó los labios con la lengua pero fue Laurie la que habló:

—Me contaron lo que le dijeron a la policía pero es falso.

—Ya lo sabía, nena.

—Cuando yo llegué a la casa, me abrió Oliver y me pasó al despacho.

—¿A qué hora llegaste?

—A las ocho.

—¿Qué había en el despacho?

—Vi tendido a Wade sobre la mesa. Tenía dos agujeros en la cabeza.

—Lo suponía —miré a Oliver—. De modo que, cuando ella llegó, Simpson ya estaba muerto.

—No fui yo... Le juro que no lo maté.

—Serénate, Oliver. ¿Quién lo hizo?

—La señora Simpson.

—¿Cuándo le pegó los dos tiros?

—Faltaban unos quince minutos para las siete. Ella se reunía a las siete con el comité ejecutivo de su club. Lo tenía bien planeado. Se marchó de allí en cuanto le pegó los dos balazos.

—¿Quién había en la casa?

—Sólo una cocinera y otro criado, Alan, pero ellos se encontraban en la cocina. Además, la señora utilizó el silenciador.

—Muy bonito.

Laurie intervino otra vez.

—Cuando descubrí el cadáver y fui a lanzar un grito, Oliver me

golpeó en la cabeza. Perdí el sentido, y, cuando desperté, estaba aquí.

—Sí, querida. Todo está claro. Oliver llamó luego a la policía y empezó la representación del número.

Ben me miraba con el labio colgante.

—Anda, muchacho —le dije—. Suelta a Laurie.

Movió su enorme testa en sentido afirmativo y caminó hacia la pared.

Oliver preguntó:

—¿Qué va a hacer con nosotros?

—Os entregaré a la policía.

—No puede hacer eso. Le he confiado todo lo que sabía. Yo no maté a Wade Simpson.

—Fuiste un cómplice, Oliver. Y has torturado además a la muchacha.

—No, yo no fui.

Laurie habló nuevamente mientras Ben trabajaba en la argolla para dejarla libre.

—Fue Kitty quien me golpeó.

—¿Por qué?

—Dijo que tú estabas enamorado de mí y que te habías llegado aquí en mi busca. Estaba fuera de sí.

Me distraje un momento. Oliver saltó sobre mí como un puma.

Me sujetó el brazo armado estrellando su cabeza en mi plexo solar.

Los dos caímos mientras Laurie lanzaba un grito.

Oliver y yo forcejeamos con la pistola, clavándonos los guijarros que había en el suelo.

El quería que la pistola me encañonase a mí y yo que lo apuntase a él.

Sobrevino un disparo.

Por suerte ocurrió cuando el cañón señalaba a Oliver.

Se quedó muy quieto desorbitando los ojos. En el centro de su pecho había aparecido un agujero. Soltó un ronquido y se desplomó hacia un lado.

—¡Cuidado, Kenny! —gritó Laurie.

Vi a Ben por encima de mí con una roca entre los desmayos, listo para machacarme el cráneo.

La pistola había quedado en el suelo.

Me revolví como una centella y la roca golpeó justo donde un segundo antes había estado mi cabeza.

El arma quedó entre Ben y yo.

Los dos nos detuvimos a un tiempo mirándonos.

Laurie forcejeó para librarse de la argolla pero aquel condenado de Ben no la había abierto todavía cuando se separó de ella.

Me arrojé sobre la pistola porque yo estaba demasiado cansado y pensé que tenía muy pocas probabilidades de vencer a Ben valiéndome de los puños. Pero él estaba esperando eso y cuando iba a tocar con mis dedos la culata, disparó la puntera del zapato contra mi cara.

Me pegó en la mejilla y sólo me desencajó un par de muelas.

Rodé por el suelo y, cuando me detuve, estaba a dos yardas del gorila.

Empezó a agacharse para tomar el arma. Atrapé una piedra que tenía al lado y se la arrojé a la cabeza.

Sonó un impacto cuando lo alcancé en la frente. Lanzó un grito y sus piernas se doblaron. Vi la sangre que le salía a borbotones por la grieta.

Lanzó un rugido y me miró entre la sangre que le nublaba los ojos. Olvidóse de la pistola y avanzó hacia mí con ánimo de hacerme pedazos.

Laurie gritó otra vez sobrecogida.

Ben apretó sus fuertes puños.

Nuevamente me lancé de cabeza hacia él.

Cerró las manos sobre mi cuello pero calculó mal la distancia y dio oportunidad a que mi testa se estrellase contra su estómago.

Creí que me había golpeado contra un muro de cemento. Como me tenía sujeto, caí encima de él.

Luego me pasó el brazo por la espalda y apretó fuerte.

Su propósito era muy sencillo. Quería partirme en dos mitades la espina dorsal.

Le clavé el codo en el hígado pero eso fue como si le hiciese cosquillas.

Apreté más y sentí como se me escapaba todo el aire por entre los dientes.

Alcé la barbilla para pegarle un cabezazo pero Ben aprovechó el

momento para reducir el anillo y todo mi cuerpo se combó.

Alcé la mano izquierda y le metí el dedo índice en un ojo. Soltó un chillido animal.

Eso sirvió para que aflojase los brazos y yo pude llevar un poco de oxígeno a mis pulmones.

Hundí más el dedo y Ben se contorsionó y, volviendo bruscamente la cabeza, logró apartar el ojo de mí mano.

Aquellos segundos habían servido para que acumulase energías y entonces le descargué el puño cerrado en la nariz. Sentí cómo crujían los cartílagos.

Sus brazos se aflojaron un poco más.

Sin concederme descanso, le volví a descargar la maza entre los dos ojos. Sonó un ruido hueco, como si estuviese partiendo una calabaza.

Laurie sollozaba en la pared contemplando aquella escena de pesadilla.

Ben se rehízo y me enlazó de nuevo cuando creí que estaba a punto de lograr la victoria. Ahora apretó bruscamente y lo hizo tan fuerte que esperé oír de un momento a otro el golpe sordo que anunciase la rotura de mi espinazo.

Le aticé en el cuello con el canto de la mano. Fue un bonito golpe que repetí otra vez. Nuestras caras estaban muy juntas. La de él era horrible. Se congestionaba porque se estaba quedando sin aire.

Le pegué por tercera vez en el cuello y cuando sus manos me soltaban, de nuevo le incrusté el puño en la herida de la frente.

Su nuca chocó contra una piedra.

Todo el cuerpo de Ben se relajó, como sin vida.

Me quedé un rato viendo cómo le brotaba sangre de la nariz y de la frente.

Estuve a punto de caer porque ya me quedaban muy pocas fuerzas.

—Kenny —dijo Laurie para darme ánimos.

Le dediqué una sonrisa.

—Ya acabó todo, pequeña.

Al llegar junto a ella no pude más y me vencí hacia su lado.

Laurie me sujetó con su brazo izquierdo, el único que tenía libre.

—Kenny... Te quiero.

Eran las palabras más maravillosas que ella me podía decir en aquel momento.

Me besó en la cara sudada, en la mejilla herida y en el labio cortado.

Aquello era mejor que un trago de *whisky*.

Entonces oí la voz de Kitty.

—Qué bonito romance.

Volví la cabeza bruscamente.

Allí estaba el demonio pelirrojo. Como otra vez anterior, ahora también tenía una pistola en la diestra y en sus labios había la sonrisa del infierno.

CAPÍTULO XVII

—Aparta eso —le dije.

Miró el cadáver de Oliver y luego el cuerpo inconsciente del grandullón.

—Sabes arreglártelas muy bien para ser un Chico que me dejaste dos veces en la estacada.

—No pierdas la cabeza, Kitty.

—Según tú, ya la perdí. Imagino que habrás hecho confesar a alguno de estos muchachos.

—Sí.

—Yo maté al viejo.

Lo decía así. Su marido era el viejo. Wade Simpson le había dado su apellido, sus millones. Y ella le había metido dos balas en la cabeza como recompensa.

Observé sus ojos. En ellos había un brillo extraño. Siempre pensé que su mente no razonaba bien y, por si tenía alguna duda, ahora me estaba mostrando pulgada a pulgada su perversa alma.

—Tendremos un final bueno —dijo.

—Yo sé el único final que puede haber aquí.

—Dilo, querido. No te quedes con las ganas.

—Iremos en busca del teniente Neagle.

—¿Para qué quieres al teniente?

—Le contaremos lo que realmente pasó.

—Y yo alargaré mis lindas manos para que me pongan unas esposas, ¿verdad, Kenny?

—No te pasará nada, Kitty.

—Caramba. Eso es algo nuevo. No me va a pasar nada. ¿Es que vas a decir que lo mataste tú?

—No.

—¿Entonces?

—Te harán analizar por los médicos.

—Ya te entiendo, un par de siquiатras. ¿O serán una docena?

—Con un par habrá bastante. Ellos decidirán que eres una demente.

Eché la cabeza atrás riendo con estridencia.

—Me imaginaba que sería divertido pero no tanto.

—No tendrás necesidad de ir a la cárcel, Kitty. Te internarán en un sanatorio y es posible que te pongan buena.

—¿Cuál de los dos es el loco? —dejó de reír—. Soy la dueña de una fortuna. Compraré a quien sea.

—En este asunto hay demasiados muertos para que tú puedas comprar nada.

—Gastaré lo que sea necesario.

—No lo conseguirías ni invirtiendo tus cincuenta y dos millones.

—Yo te voy a demostrar que pienso bien las cosas y que, por tanto, estás equivocado. Soy una mujer ambiciosa pero no hay nada de anormal en mi cabeza.

—Prueba.

—Dentro de un rato vendrán aquí dos personas que tú conoces.

—¿Nora y Douglas Adams? —interrogué.

—Has dado en el clavo, muchacho.

—¿Qué tienen que hacer aquí?

—He quedado con ellos para pagarles —rió otra vez—. ¿Te das cuenta? Les voy a pagar lo que les debo.

—Cincuenta mil dólares de un botín.

—Eso es lo que ellos creen, que van a recibir sus cincuenta mil machacantes pero tendrán otra cosa.

—¿El qué? —pregunté a pesar de que lo sabía.

—Balas, querido. Nora y Adams van a recibir balas.

—De modo que nos vas a matar a todos, a Nora, a su marido, a Laurie y a mí.

—Sí.

—Me gustaría conocer qué explicación vas a dar al teniente Neagle.

—Empecemos por Laurie. Lo de ella está bien explicado. Mató a mi marido.

—No es tan claro para mí. ¿Por qué lo mató?

—Se supondrá que Wade trató de seducirla y ella se defendió. Son asuntos para los que naturalmente no existen testigos. El cuerpo de Laurie será encontrado en el río. Esta lluvia me ha venido bien. Naturalmente, pensarán que ella, al querer huir, se encontró con este diluvio y fue arrastrada por las aguas.

—No está mal pero ¿qué dirás de nosotros? De Nora, de Douglas y de mí.

—Apuesto a que también te convence.

—Anda, dilo.

Yo sólo pretendía ganar tiempo. Las cosas estaban muy feas pero, si tal como ella decía, dentro de un rato se llegaban allí Nora y Adams, seríamos más para luchar contra el demonio rojizo.

Se mojó los labios con la lengua aprovechando la pausa y continuó:

—Tú y Nora tuvisteis que ver en aquel asalto del Banco de Carson City. Bastará con que investiguen la ruta de tus conferencias en aquel tiempo para que sepan que te pudiste meter muy bien en el jaleo. Lo de las conferencias sólo era una tapadera... Tú y Nora, ¿te das cuenta? —sonrió otra vez—. Douglas estaba en la cárcel y los polis pensarán sin lugar a dudas lo inevitable, que tú y Nora erais amantes.

—¿Quieres que te aplauda?

—Soy una chica de talento, ¿verdad? Pero yo no recogeré mi ovación ahora. Sólo cuando todo haya quedado listo saldré a saludar llena de joyas y con un abrigo de visón... Qué lástima que no lo veas tú, Kenny.

—La verdad es que no me gustaría perdérmelo.

—Pudiste estar a mi lado para ese momento pero preferiste a Laurie Wren —la señaló despectivamente.

Ben empezó a recuperar el conocimiento y enderezóse apoyándose en una piedra. De su garganta escaparon sonidos carrasposos. Ya se le había cortado la hemorragia de la frente y de la nariz.

—Deje que sea yo quien lo mate, señora Simpson —dijo.

—¿Cómo lo vas a hacer, Ben?

—Lo descuartizaré.

Quizá Ben había sido carnicero.

En ese momento se oyó un ruido lejano, como si golpearan en

una puerta.

Todos nos quedamos quietos.

Kitty rió suavemente.

—Ya han llegado mis visitantes de honor. Tendremos que suspender unos momentos el espectáculo.

Di un suspiro de alivio para mis adentros.

Nora y Douglas Adams habían llegado con toda oportunidad.

Kitty señaló a Ben.

—Anda, atrapa esa pistola que está en el suelo y apunta al muchacho.

Ben caminó hacia el arma que había pertenecido al difunto Oliver y la tomó con su manaza. La pistola casi desapareció entre sus gruesos dedos.

Kitty esperó a que el animal me tuviese bajo su punto de mira y entonces dio media vuelta y echó a andar por el camino que había traído.

Cuando se perdió a lo lejos, miré a Ben.

—Tengo que decirte algo, muchacho —murmuré en voz baja.

—¿El qué?

—Hay mil dólares para ti si nos ayudas.

Hizo una mueca feroz.

—Me gusta más el plan de la señora Simpson... Y quiero a la muchacha para mí.

Contuve mis deseos de saltar sobre él.

—Si te pones de nuestra parte, salvarás el pellejo, Ben —insistí.

—Cierra el pico.

En aquel momento se oyeron pasos y por el hueco apareció Kitty con sus acompañantes, Nora y Douglas Adams. La joven había guardado la pistola en el bolsillo.

Douglas y su mujer se detuvieron de pronto al ver el cuadro que se ofrecía a sus ojos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Douglas y empezó a mover la mano hacia la funda que tenía en la axila.

Pero Kitty fue más rápida que él en enseñar la pistola.

CAPÍTULO XVIII

Nora dio un paso hacia Kitty y ésta le apuntó al estómago.

—Párate, Nora, o te hago un agujero antes de tiempo.

Douglas Adams descolgó la mano que ya tenía a la altura del pecho y apartó a su mujer.

—No te metas en esto, Nora.

—¡Deja que le saque los ojos a esta hija de perra! —exclamó la rubia.

Kitty se echó a reír.

—Siempre te vencí, Nora, y en esta oportunidad también vas a ser la derrotada.

Douglas Adams se aclaró la garganta.

—¿Por qué no has de jugar limpio, Kitty? Danos los cincuenta mil dólares y nos marcharemos.

—Fuisteis unos ilusos al pensar que os los podría dar.

—¿Por qué no? Tienes mucho dinero. Sólo queremos lo que por culpa tuya dejamos de ganar en lo de Carson City.

—Estúpido. ¿Por quién me tomas? Vosotros conocéis todo lo que se refiere a mí. Si yo os diese los cincuenta mil dólares, seguirías ordenándome.

—Te equivocas. Nora y yo nos conformamos con lo nuestro. Danos la plata y te juro que nos apartaremos de ti para siempre.

—No, Douglas. Ahora que voy a ser una viuda rica no puedo correr ningún riesgo.

—No lo correrás con nosotros.

—Pero quiero vivir tranquila. Completamente tranquila.

Intervine hablando al grandullón.

—¿Lo has oído, Ben? También te despachará a ti. No quiere ningún testigo de sus crímenes.

Kitty chilló.

—¡Cállate!

Pero ya no me podía callar. Era el único naipe que yo podía jugar ahora.

—Sí, Ben. Mírala y te darás cuenta de la clase de diablo que es... En su vida no hay lugar para hombres como tú.

—Ella ha prometido que se casará conmigo —dijo Ben.

—No cumplirá su palabra, o cuando estés a su lado a solas, aprovechará para levantarte la tapa de los sesos.

Ben hizo una mueca. En su mente había brotado la duda.

—Usted no hará eso, ¿verdad, señora Simpson?

—Claro que no, Ben.

Remaché con ahínco.

—¿No te das cuenta de cuál es el tono de su voz, Ben? He descubierto su plan y tiembla un poco al pensar que también te tiene destinada una fosa.

—¡Maldito! —gritó Kitty.

Ben dio un paso hacia ella y luego otro.

—Usted no hará eso, ¿verdad, señora Simpson? —repitió.

Kitty sólo tenía ojos para mí. Todo el odio del mundo estaba expresado en ellos.

Salté sobre Ben cuando no tuve duda de que ella iba a apretar el gatillo.

Adams se había decidido a sacar la pistola de debajo de la axila.

Kitty tuvo que revolverse para hacer frente al nuevo peligro.

Los dos apretaron el gatillo a un tiempo.

Estrellé el puño en la cabeza de Ben y estaba tan castigado que se derrumbó sobre sus rodillas. Apoyó las dos manos en el suelo y entonces le solté un patadón en la que sujetaba la pistola.

Kitty lanzó un grito. Había recibido la bala de Adams en el vientre y trastabilló soltando el arma.

El marido de Nora recibió su ración en el pecho y también cayó hacia atrás.

Yo atrapé la pistola de Ben y me alejé de todos para imponer orden en aquella cueva.

—¡Ya se acabó! —grité.

Nora soltó un grito ahogado y corrió al lado de su marido.

—¡Douglas...! ¿Qué te ha pasado, Douglas?

Le había pasado que se estaba muriendo pero él no era el único que iba a emprender el último e inseguro viaje.

Kitty había logrado apoyarse en una roca y su cara se había transfigurado en una mueca de dolor.

—¡Kenny! —me llamó.

Dime, pequeña.

—Tengo un plomo en las tripas... Sácamelo... Tú sabes cómo hacerlo.

Era muy optimista.

—No puedo, pequeña. Está en un sitio muy malo, pero llamaré a un doctor enseguida.

—Tienes que hacerlo tú, Kenny. No habrá tiempo.

—Sólo soy un aficionado...

—Te daré un millón de dólares.

—Lo siento.

—¡Dos millones, Kenny! ¡Te daré dos millones! ¡No quiero morir ahora que soy rica! ¡Por lo que más quieras, Kenny! ¡Ayúdame!

Permanecí quieto y ella abrió los ojos mirándome.

—¿Qué estás haciendo, ahí, Kenny? ¡Date prisa!... ¿Qué pasa en esta cueva que hay tanta niebla...? ¡Kenny! ¡Casi no te veo...! ¡Háblame...! ¡Kenny...! ¡Por favor, quiero oír tu voz...! ¡Dime algo, Kenny!

Cayó en el suelo. Sudaba por todos los poros.

—¡Profesor...! ¡Huiremos juntos...! ¡Siempre estaremos juntos...! ¡Ayúdame...!

Luego se derrumbó muerta en el suelo.

Se oyeron pasos por el pasadizo y el teniente Neagle apareció en compañía de Huck y de otro agente.

Nora lloraba estremecidamente sobre el cadáver de su marido.

Ben lo contemplaba todo encogido, sin decir nada.

Laurie sollozaba junto a la pared, colgando su brazo de la cadena que la sujetaba.

El teniente Neagle echó una mirada a su alrededor y luego fijó sus ojos en mí.

—Decidí llegarme a la casa. Los disparos nos ayudaron a localizar esta cueva.

—Detenga también al criado Lamour. Debía estar en combinación, lo mismo que Oliver, con la señora Simpson.

—¿Cómo pudieron perder la cabeza? Conocía a Oliver y a Lamour...

Yo sabía cómo Kitty habría conseguido volver locos a aquellos dos hombres hasta el punto de convertirlos en sus cómplices. La imaginé deslizándose en los cuartos de ellos.

Dejé caer la pistola al suelo y fui a liberar a Laurie.

Mi chica se echó en mis brazos y la apreté muy fuerte contra mi pecho y la besé en los rojos labios.

—Vamos, Laurie...

Echamos a andar. Tenía que darme mucha prisa. Yo debía dar unas cuantas conferencias antes de volver a Nueva York. Me pregunté qué tal sería un viaje de luna de miel por Florida en compañía de Laurie Wren.

* * *

Puedo contestarte ahora, hermano. Desde Miami. Las conferencias, bien. ¿Laurie?... Bueno, no quiero ponerle los dientes largos. Ella acaba de despertar, se despereza y me llama. Hasta la otra.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).